

ESTUDIOS DE VIAGES.



PUERTO DE RIPETA.

VISTA POSTERIOR DEL PALACIO BORGHESE.

ROMA A VISTA DE PAJARO. (I)

(Conclusion).

III.

QUINTA SECCION.

DEL MAUSOLEO DE AUGUSTO AL VELABRO.

Mausoleo de Augusto. Quedan de él los antiguos restos. Suetonio y Strabon dan descripciones de este monumento, que rivalizaba con todo lo que de la primera antigüedad habia en este género.

Puerto de Ripeta. Construido con piedras de un arco del Coliseo que cayó por un temblor de tierra. Las barcas de la Sabina y de la Umbria sobre el Tiber se detienen allí, y depositan en su orilla vino, trigo, aceite, leña, y otros de los muchos artículos que se consumen en la ciudad, á la cual se sube por dos ramblas circulares de veinte escalones, teniendo enfrente la iglesia de San Gerónimo de los Esclavones, y el magnífico pórtico del palacio Borghese.

Palacio Borghese. Es uno de los mas hermosos monumentos de Roma, y data desde el año 1590. Es muy grande; tiene una magnífica galeria de cuadros, muchos salones y un pórtico sostenido por 96 columnas de granito. En este palacio habitó Carlos IV, el abuelo

de Isabel II, cuando despues de su abdicacion tuvo que retirarse á Roma.

Campo de Marzo. Pequeña plaza que fué en otro tiempo el campo de Marte. Antiguamente este lugar se hallaba decorado con soberbios edificios.

Pasando por las iglesias de Santa Maria Magdalena y de Santa Maria in Aquiro se llega á la plaza del Panteon. Hasta el pontificado de Eugenio IV esta plaza permaneció llena de los escombros que habian aglomerado sus devastadores. Gregorio XIII hizo levantar la fuente que se encuentra en esta plaza, y sobre ella Clemente XI colocó un obelisco.

El Panteon es el más perfecto y el mas intacto de los monumentos de la antigüedad, habiendo sido erigido por Agripa en el año de Roma 727. Era el santuario de los terribles dioses que impusieron á Roma la conquista del mundo. Permanece tal como existia en los tiempos de Agripa, cuando lo levantó este gran romano para dar gracias á los dioses por la victoria de Accium que hizo á su cuñado Augusto dueño del mundo. No es este monumento, como el Coliseo, el espectro de la grandeza romana, es su imagen fiel. Bonifacio IV lo consagró á la Virgen y á los martires. Allí reposa Rafael, en el nicho que al pie de un altar habia designado él mismo para su sepulcro. El pórtico del Panteon consta de 16 columnas de un solo trozo de granito oriental blanco y negro; el templo es de forma perfectamente redonda en su interior, y tiene 130 pies de elevacion, siendo todo el pavimento de granito y de pórtido; no tiene ventanas; su bóveda tampoco tiene techo, pero presenta una abertura de 27 pies de radio, por la que bajaba la luz al

(1) Véanse los dos números anteriores.

25 de Agosto de 1849.

templo y subía con el incienso el humo de los sacrificios.

Plaza de la Minerva. Hay un obelisco egipcio levantado por Alejandro VII. En esta plaza se encuentra Santa María in Minerva, iglesia edificada sobre las ruinas de un templo de Minerva, construido por Pompeyo; pertenece a los dominicos.

La Universidad. Edificio comenzado por Leon X sobre el plan de Buonarroti. Se llama la Sapienza, a causa de un verso esculpido sobre su puerta principal «*Initium sapientiae timor Domini*, el temor de Dios es el principio de la sabiduría.» bellísima inscripción para un sitio donde se enseñan todas las ciencias humanas. En la revolución de noviembre se hallaba ocupada por los carabinieri, empero los estudiantes formándose en batallones hicieron desalojar este edificio donde aun existe la legion universitaria, que a las órdenes de Mazzini y de Garibaldi es una de las que mas han sostenido contra los franceses el sitio de Roma.

Palacio Madama. Edificado por orden de Catalina de Médicis, aquella célebre florentina que despues fué reina de Francia, y por eso ha tomado el nombre de Madama.

Palacio Justiniani. Es el mas pobre en cuadros.

San Luis de los franceses. Iglesia edificada en 1589 por Enrique III, rey de Francia; se halla servida por los franceses.

San Agustin. Iglesia edificada por Guillermo de Monteville, embajador de Francia en Roma. Allí se ve el prodigioso Isaías de Rafael, que quiso tambien hacer un profeta a la manera de Miguel Angel. A los pies de esta iglesia se venera una imagen de la Virgen llamada del Buen parto, y es tanta la devoción del pueblo de Roma que las paredes todas del templo en sus tres naves están cubiertas con grandes cajas que contienen milagros de plata. Ante esta virgen, despues del asesinato del desgraciado ministro Rossi, quiso el asesino depositar el puñal con que a la entrada de la cámara le habia herido. ¿Era el fanatismo, ó era un irónico sarcasmo el que habia hecho depositar a los pies de la madre del Salvador del mundo el homicida acero?

Otras muchas iglesias ricas, bellas, magnificas todas, se encuentran en esta misma direccion, porque Roma encierra en su seno un tesoro de artes y riquezas en sus muchas iglesias. San Antonio de los Portugueses; San Apolinario, que es la capilla del palacio donde se reunia la cámara alta cuando estalló la revolución de noviembre; el seminario romano; San Salvador in Lauro; Santa Maria in Valicella, cuyo altar mayor es de una esquisita y rara magnificencia; Santa Maria de la Paz, que tiene un claustro edificado por el Bramante; y en fin, Santa Maria del Alma.

Plaza Navona. Es una de las mas magnificas de Roma; ocupa el sitio del antiguo circo de Alejandro Severo, y está adornada de tres grandes fuentes. Sobre la del medio se alza el magestuoso é imponente obelisco de granito rojo encontrado en el circo de Caracalla. Esta plaza es el inmenso mercado de Roma. Se halla dispuesta de tal modo que en el mes de agosto se la inunda completamente para la naumaquia, presentando la vista de un extenso lago en donde los hijos del pueblo rey van a zabullirse. En esta plaza se encuentra tambien la magnífica iglesia de Santa Inés, donde las religiosas cuidan de los corderos de cuya lana tegan el paño que se distribuye a todos los arzobispos de la cristianidad. Tambien se encuentra allí el palacio Braschi.

Plaza de Pasquin. Allí está la famosa estatua mutilada por el tiempo, debajo de la cual se han escrito tantos epigramas de donde ha venido el nombre de *pasquines*, debiéndolo al de un antiguo sastre de la vecindad que tenia el humor altamente satirico; quedando de esta estatua únicamente un bello dorso griego, del ho-

mérico Menelao defendiendo el cuerpo de Patroclo. Palacio Máximo. Tiene la escalera mas hermosa de Roma.

Iglesia de San Andrés de la Valle. Es una de las mas grandes y capaces de Roma. Está servida por los teatinos, cuyo general actual, el padre Ventura, es ese eloquente predicador de Italia, que consejero y amigo en un principio de Pio IX despues ha abrazado la causa de la revolución, y ha sido uno de los que pasando al campo francés despues de la derrota que estos sufrieron en el ataque del 30 de mayo, intentó paralizar los efectos de la expedición.

Teatro Pompeyo. Podia contener 28,000 espectadores. Sus ruinas mas visibles se hallan bajo el palacio Pio.

Palacio Vidoni. Es bastante hermoso.

Palacio Matei, rico en estatuas y en cuadros.

Circo Flamini. Ocupaba todo el espacio comprendido entre la plaza del Olmo y la plaza de Capiteci.

Palacio Costagoli. Es célebre por los frescos de los artistas mas distinguidos del siglo XVII.

Pórtico de Octavio. Contenia célebres monumentos del arte griego. Segun las relaciones que nos han dejado Plinio y Pausanias fué incendiado en el imperio de Tito, y aun hoy quedan ruinas que atestiguan su antigua grandeza.

Teatro Marcelo. Es en su arquitectura del estilo mas perfecto. En la edad media fué trasformado en fortaleza.

Foro Olitorium. Poseia tres templos de que se ven aun restos.

San Nicolás in Carcere. Es una lindísima iglesia consagrada a este santo.

Foro Piscarium. Aquí es donde se vendia el pescado.

SESTA SECCION.

DEL VELABRO AL PUENTE FABRICIO.

El Velabro era una antigua laguna. Fué desecada por los últimos reyes de Roma, cuando se edificó la gran cloaca sobre el muelle del Tiber.

El Foro Boario. Al pie del Palatino, y del que ya hemos hablado, tenia en su recinto el Ara maxima, grande altar que Hércules se dedicó a si mismo cuando triunfó del célebre Caco, ladrón de bueyes y de carneros. Aun se muestra en el Palatino la cueva donde se ocultaba este célebre ladrón, cuya fama ha quedado en proverbio hasta nuestros dias, siendo locucion muy vulgar el decir, es mas ladrón que Caco. El Foro Boario hemos dicho ya que era el mercado de los bueyes.

Arco de Jano cuadrifronte. Es uno de los arcos que levantaron los romanos con cuatro frentes iguales. Permanece aun en pie, si bien despojado de las estatuas que un dia le adornaron. En las frecuentes luchas de la edad media mas de una vez sirvió de fortaleza a los diversos partidos que se disputaban el poder.

Arco de Septimio Severo. Erigido, segun la inscripción que se puede leer aun, por los mercaderes de bueyes del foro inmediato en honor de Septimio Severo y de su muger Julia.

San Jorge in Velabro. Es una de las iglesias mas antiguas de Roma.

Cloaca máxima. Es un inmenso canal subterráneo para conducir al Tiber las aguas del Velabro y las inmundicias de la ciudad. Data su antigüedad del tiempo de Servio Tulio. Es tal la capacidad de esta cloaca que puede uno entrar fácilmente con su carruaje en ella. Dicho está que las cloacas, los acueductos, y los caminos eran los tres géneros de obras en que los romanos se mostraban el primer pueblo del mundo.

Circo grande. Rómulo limpió este valle para dar

en él juegos al pueblo. En él se verificó el robo de las Sabinas, y fué el principio de la union de estos dos pueblos, que confundidos en uno dieron la ley al mundo entero.

Termas de Caracalla. Muchos escritores han hablado de su magnificencia; hoy son un inmenso cúmulo de escombros gigantescos. Se asombra la imaginación del hombre al considerar lo que debieron ser estos edificios cuando se ostentaban en toda su magnificencia.

Valle de Egeria, donde el segundo rey de Roma, Numa Pompilio, retirándose de su pueblo, aparentaba consultar con una ninfa las leyes y la religión que impuso á aquel pueblo feroz. Aun se conserva una fuente á cuya margen se sentó mas de una vez aquel filósofo rey meditando las instituciones que dió á su pueblo.

Cerca se encuentra la tumba de los Escipiones. Una pobre muger enseña hoy un agujero negro, rodeado de algunas piedras, que da entrada á una cueva, y es lo único que queda de este monumento en algun tiempo magnífico.

También se ven los restos de un arco elegante y magnífico en su tiempo, levantado á Druso.

La basílica de San Sebastian, que habia atravesado el trascurso de muchos siglos, que en su centro conservaba el precioso sepulcro de este santo mártir, sobre el que se veía la estatua de mármol del valiente guerrero, estatua debida al cincel de Bernini, es hoy un monton de escombros. Nosotros que la hemos visitado detenidamente las dos veces que hemos estado en Roma, no la volveremos á ver mas!!... Los romanos para la defensa de la plaza, y evitar que pudiera servir de punto de apoyo á las tropas del mariscal Oudinot de Regio, la han destruido!

La iglesia de San Sebastian era visitada de todos los extranjeros, por ser la entrada de las famosas Catacumbas, esos laberintos subterráneos que fueron el asilo de los primeros cristianos, y donde por tres siglos permaneció oculta la religión de Jesucristo; esos laberintos que en todas direcciones se estienden debajo de Roma por espacio de diez y seis leguas, donde no puede estampar su planta el viajero sin hollar los huesos de algunos de aquellos valientes héroes que lucharon por la cruz de Jesucristo contra los dioses del decrepito Olimpo, saliendo vencedores de ellos al cabo de tres siglos de lucha incesante. En esta iglesia se conservaba también la piedra en que, según la tradición, habia puesto sus pies el Salvador del mundo cuando saliendo al encuentro de Pedro, que huía de Roma temeroso del martirio, y preguntado por éste á donde iba, respondió el Señor que á Roma para ser nuevamente crucificado.

Templo de Rómulo. Aun se conserva su sagrado recinto.

Circo de Rómulo. Hasta el año de 1825 fué llamado Circo de Caracalla.

Tumba de Cecilia Metela. Es una obra maestra de magnificencia y elegancia. Es el primer monumento en que emplearon los mármoles los romanos; se halla muy bien conservado.

Basílica de San Pablo. Esta iglesia, fuera de los muros de Roma, era en magnificencia la que seguía á San Pedro. Mehemet-Ali, ese regenerador del Egipto, ha asociado también su nombre al gran templo, regalando ocho inmensas columnas de ágata blanca de una sola pieza, columnas que no tienen precio por su rareza y magnificencia. El autócrata de las Rusias, aunque gefe de una comunión distinta de la católica, ha suministrado también para las cornisas del templo gran cantidad de malaquita, piedra preciosa también de mucho valor. Este templo se halla enteramente concluido. Nosotros hemos asistido con Pio IX al ensayo de colocar en cartón el tabernáculo que ha de levantarse despues en medio del templo. Esta iglesia, cuyos claustros son de una

admirable elegancia, llenos de naranjos y laureles, debe haber padecido mucho por ser uno de los puntos que ha ocupado el ejército francés en el sitio actual de Roma.

Pirámide de Cayo Sextio. De mármol, alzada á este Epulon ó cocinero de los dioses.

Monte Testacio. Hemos dicho que fué formado con los pedazos de las vasijas rotas de Roma. Tiene diversas cuevas donde se conserva suavemente fresco el vino, y por esto es muy frecuentado por el populacho de Roma.

Puente Sublicio. Es el primero de los que se construyeron sobre el Tiber. Es célebre por el recuerdo de Horacio Cocles que lo defendió él solo contra un ejército, y célebre también por otros recuerdos mas terribles, porque desde él arrojaron los romanos al Tiber los cuerpos de Commodus y de Eliogábalo, cuando cansados de sufrir su tiranía, los inmolaron á su furor y á su justa venganza.

Monte Aventino. Es una de las siete colinas sobre que está fundada Roma. Sobre ella se encuentra la iglesia de Santa Maria Aventina, desde donde se goza una vista admirable de Roma y su campiña.

Templo de Vesta. En este templo circular, se guardaba el fuego sagrado de Vesta. Las vírgenes cuidaban de él. Este lindísimo templo, que se halla muy bien conservado, es para la arquitectura, lo que la Venus de Médicis para la escultura; es lo mas perfecto, lo mas acabado, lo mas elegante.

Templo de la Fortuna viril. Este elegante templo, es el mas antiguo de Roma, adornado de una fila de columnas jónicas. Fué dedicado por Servio Tullio á la Fortuna que de un esclavo habia hecho un rey, y es sin duda el monumento mas antiguo de la gratitud humana.

Casa de Rienzi, el famoso tribuno que en 1347, fundó, como ahora, una república romana, parodiando la antigua, arrojó al papa de su palacio, y por mucho tiempo fué el dominador de la ciudad eterna; empero que pereció víctima del furor del pueblo, cuando él mismo, poco tiempo despues, quiso deshacer su obra; lección terrible que hemos visto reproducida en nuestros dias.

SÉTIMA SECCION.

DEL PUENTE FABRICIO AL PUENTE ELIO.

Esta seccion es hoy la mas interesante, por ser el punto por donde los franceses han atacado á Roma, y donde nuestros lectores encontrarán los nombres de los sitios continuamente citados en los periódicos durante esta terrible lucha.

El cuartel de Trastevere, es en donde se conservan los recuerdos de la antigua Roma, es en donde los extranjeros pueden ver, admirando á los fieros trastiberos de hermosa y gallarda figura, á los pobres herejeros del orgullo de un pueblo rey, y que á pesar del trascurso de tantos siglos, han conservado el verdadero tipo romano, ese tipo que sirvió á los antiguos escultores para trazar las estatuas que son hoy nuestra admiración.

Puente Fabricio. Construido el año de Roma 690.

Isla del Tiber, formada primitivamente por las gavillas de los campos de Tarquino el Soberbio, segadas por el pueblo y arrojadas al rio, donde detenidas en este punto formaron una pequeña isla. Allí se encuentra el templo de Esculapio, hospital hoy de los enfermos.

Puente Graciano. Fué el primer puente de Roma levantado por los mismos romanos, comenzado por Tulio el Censor, y terminado por Escipion el Africano. Es el mismo que se llama hoy Puente Roto, porque la subida de las aguas del Tiber en una inundación, des-

truyó uno de sus arcos en 1598, y no ha vuelto á ser darse, gozándose desde allí una de las perspectivas reedificado. Su aspecto es el mas pintoresco que puede mas agradables, porque se ve el monte Aventino á la



BRASO

PANTEON.

derecha, la isla del Tiber á la izquierda, delante el campo de Vesta, y la entrada de la cloaca Máxima. Esta ribera ha sido llamada Bella ribera. *Pulcrum litus*. Iglesia de Santa Cecilia. Está edificada sobre la



TEMPLO DE VESTA.

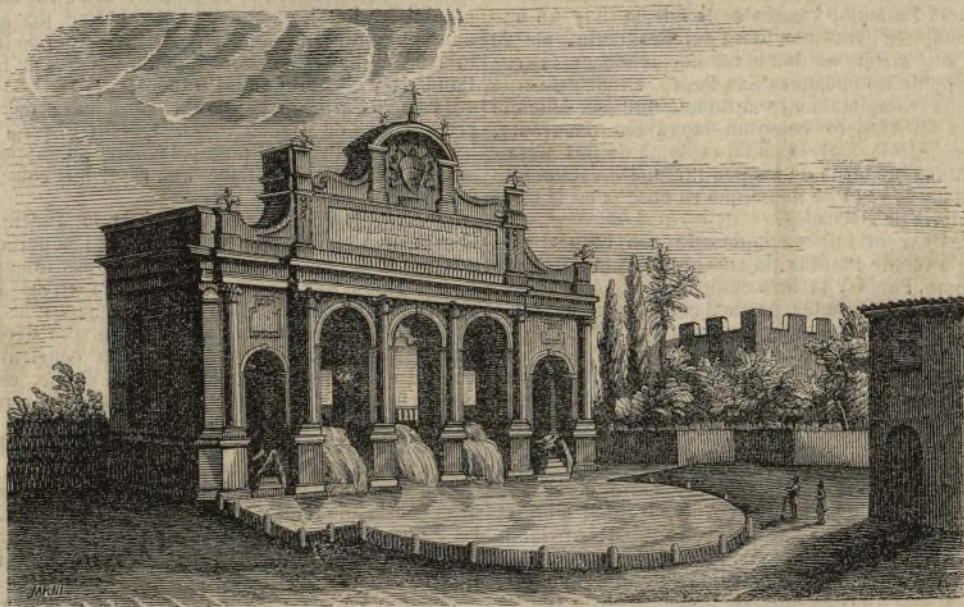
TEMPLO DE LA FORTUNA VIRIL.

misma casa de esta santa, que acudía diariamente á las Catacumbas, para ser instruida por el santo papa Urbano.

Puerto de Ripa grande. Inocencio XII hizo construir este puerto á donde llegan los buques que vienen de la mar por la embocadura de Ostia. Aquí se encuen-

tra el célebre hospicio de San Miguel, donde se hallan
reunidas todas las artes y todos los oficios, y de que
fué director por muchos años Pío IX.

Puerta Portese. Es obra de Arcadio y de Honorio,
y fué sustituida á la antigua puerta llamada Portuen-
sis, porque de allí se iba al puerto de Roma.



FUENTE PAULINA.

Santa Maria in Trastevere. Iglesia muy hermosa, Meritoria. Es el primer templo que se consagró á la
alzada sobre el sitio que ocupaba la antigua caverna Madre del Salvador del mundo.



PLAZA DE SAN PEDRO EN ROMA.

San Crisogono, y Santa Maria de la Scala, son dos
bellisimas iglesias.

Monte Janiculo. Su nombre viene de Jano, rey de
los aborígenes, que construyó una ciudad, delante del

Capitolio, donde vivía Saturno en aquel tiempo. Es una de las siete colinas sobre que se halla edificada Roma.

San Pedro in Montorio. Es un convento de frailes franciscanos, cuyo origen es muy antiguo. Está situado encima del Janículo; y cerca de la iglesia hay un pequeño templete, redondo, obra del Bramante, alzado sobre el sitio mismo en donde fué enclavado en la cruz el príncipe de los apóstoles San Pedro. Desde este sitio se domina completamente á Roma, que se estiende á la vista del viajero como un magnífico panorama, viéndose distintamente la antigua Roma de los Césares, la Roma moderna de los pontífices. De este monte está tomada la vista de Roma que se enseña en Madrid en la galería de Recoletos.

Detrás y á corta distancia de este convento se encuentra la fuente Paulina, la mas grande y mas hermosa de Roma. Paulo V la hizo edificar en 1612.

Es una de las fuentes mas bellas del mundo. Paulo V la construyó con materiales sacados de los foros de Nerva. Es obra del arquitecto Fontana, y presenta el aspecto de un magnífico arco triunfal, por cuyos ojos corren torrentes de clarísima agua, que cayendo en un vastísimo estanque, van despues por canales á surtir la ciudad.

Puerta de San Pancracio, llamada Aureliana Janiculense á causa del monte Janículo sobre el cual se halla alzada. Fué levantada por Antonio Rossi sobre el sitio de una puerta mas antigua construida por Honorio. Lleva hoy el nombre de San Pancracio á causa de la iglesia de este nombre construida ya en el siglo III, y que está solo á media milla de distancia. Esta puerta ha sido el punto de ataque de los franceses; por ella atacaron el 30 de mayo, y fueron rechazados; repitieron el ataque el 3 de junio, y no fueron mas felices; últimamente, el día 21 del mismo junio dieron el asalto despues de abierta una ancha brecha.

La villa de Panfilo Doria, que hemos descrito ya en otra seccion, se encuentra muy cerca de esta puerta, y es el cuártel general donde despues de una encarnizada lucha se ha establecido el ejército francés.

El palacio Corsini, que se encuentra tambien cerca de esta puerta, ha sido igualmente ocupado por los franceses; y en él habitó Cristina de Suecia. Este palacio que tanto ha padecido en esta invasion, encerraba grandes tesoros de artes y literatura.

Casi enfrente del palacio Corsini se halla La Farnesina, palacio donde se encuentran atesoradas las obras maestras de Rafael, que inmortalizó su nombre en los bellos frescos de que se halla adornado, que hacen el objeto de las frecuentes visitas de los extranjeros, y donde se admira la célebre composicion de la historia de los amores de Psiquis.

Santa María Regina Cœli. Iglesia edificada por Ana Colona, princesa romana.

Palacio Salviati, construido por Enrique III, rey de Francia.

Iglesia y convento de San Onofre, fundada en la pendiente del Janículo; allí murió el Tasso. Nosotros nos hemos arrodillado sobre su tumba, que es una lápida de mármol en el suelo con esta inscripcion: *Hic jacet Torquati Tassi ossa*; modelo de inscripciones para los grandes hombres.

Puerta Sancti Spiritus. Antigua puerta de la ciudad Leonina.

Puente Sixto, en otro tiempo Janiculense.

Fuente de Puente Sixto. Se halla alimentada por la fuente Paulina, y está colocada enfrente de la calle Julia.

Trinidad de los Peregrinos. A esta iglesia hay unido un hospicio en donde se reciben los pobres viajeros por tres días.

Palacio de la Chancillería. Edificado con piedras del Coliseo; arquitectura del Bramante; es magnífico; está habitado por el cardenal vice-canciller. En sus salones se habia establecido la cámara de los diputados. Al pie de su escalera el 16 de noviembre fué asesinado el ministro Rossi, en el momento en que iba á entrar en la cámara. Esta muerte fué el principio de la revolución que ha traído sobre Roma las armas de la cristiandad, y el asalto de los franceses.

Palacio Farnesio, construido con piedras del Coliseo, arquitectura de Miguel Angel. Es sin disputa el mas hermoso y el mas suntuoso palacio de Roma; pertenece al rey de Nápoles, y tiene una riquísima coleccion de cuadros.

Santa María de la Oracion ó de la Muerte. Linda iglesia de una cofradía instituida para sepultar á los desgraciados que mueren en los campos inmediatos á Roma. Tiene una capilla subterránea cuyos adornos están todos contruidos con huesos humanos; las columnas, los rosetones del techo, las arañas que sirven para iluminar este fúnebre lugar, todo está construido con huesos, y se ven de trecho en trecho, de pie, esqueletos perfectamente armados, que infunden un religioso pavor al penetrar en este fúnebre recinto.

Palacio Falconieri. Tiene una hermosa galería de cuadros flamencos y franceses.

En este cuártel se encuentran tambien las magníficas iglesias de Santa Catalina de Sena; San Eloy, de los Plateros; Sancti Spiritus, de los Napolitanos; San Pedro y San Pablo de Gonfalon, y San Juan, de los Florentinos.

Puente Vaticano. Se hacen muchas conjeturas sobre el origen de este puente, pero hasta ahora ninguno ha podido fijar la cuestion.

OCTAVA Y ÚLTIMA SECCION.

EL VATICANO.

Monte Vaticano. Tomó su nombre del de *vaticinia*, por los oráculos que se daban en él. En 848, Leon IV queriendo garantir la basilica de San Pedro de las continuas incursiones de los sarracenos, rodeó el monte Vaticano de una muralla, y el espacio comprendido por este muro, se llamó la ciudad Leonina.

Puente Elio, hoy de Santangelo. Adriano construyó este puente para ir á su mausoleo y á los jardines de Domitia, donde hizo despues construir un circo, cuyos restos se encontraron en el pontificado de Benito XIV. Este puente ha tenido diversos nombres; al principio se llamó Elio; mas tarde puente de Adriano; despues puente de San Pedro, porque conducia á la basilica de este príncipe de los apóstoles; hoy se llama puente de Santangelo, porque está construido frente á la puerta de este castillo. Clemente VIII erigió á la entrada del puente las estatuas de San Pedro y San Pablo, como eternos guardadores de la ciudad santa.

Mausoleo de Adriano, hoy castillo de Santangelo, magnífico monumento á imitacion del de Augusto. Esta tumba en la decadencia del imperio fué trasformada en fortaleza, y es el castillo de Roma, que se llama de Santangelo porque en su remate hay un angel envañando una espada....

Hospital de Sancti Spiritus. El mas grande de Roma; y fué fundado por Inocencio III.

Restanos hablar de la iglesia mas grande y magnífica del mundo, de la de San Pedro y su magnífica plaza. La hemos descrito ya detenidamente en la página 63 tomo II del Museo de las Familias, adonde referiremos á nuestros lectores, porque el hacer una descripcion de la iglesia de San Pedro no es obra para un ligero artículo.

Unido á la basilica de San Pedro se encuentra el palacio Vaticano, morada del pontífice de los cristianos, del rey de Roma. No podríamos nosotros escribir cuatro páginas sobre este palacio, cuya descripción pediría mil volúmenes. En él se hallan las célebres Lojias de Rafael, vastísimos corredores cuyas paredes se hallan cubiertas con frescos de este gran maestro y de sus mas célebres discípulos. La biblioteca, donde se encuentran atesoradas las obras mas célebres del mundo, y los manuscritos mas raros y preciosos. El museo de Chiaramonte ó de Pio VII, donde se hallan colocadas millares de estatuas de las mas célebres de la antigüedad; las obras maestras de Grecia y de Roma; el hemiciclo del Belveder, donde está la celebre estatua de Apolo de este nombre; el museo Pio, Clementino, y tantos, y tantos, y tantos salones que encierran ricas preciosidades artísticas: el Vaticano es un mundo á donde sería necesario vivir cien años para empezar á comprenderlo. Este palacio se halla rodeado de magníficos jardines. Es tanta la estension de estos jardines, la iglesia de San Pedro y el Vaticano, que ocuparía muy bien el radio de una capital regular. En Roma es cosa constante,

y nosotros lo hemos oído allí á muchas personas instruidas, que la capital de Cerdeña, Turin, puede contenerse muy cómodamente en el recinto que ocupa el Vaticano, y es de advertir que Turin contiene ciento y diez mil almas.

Tal es el analisis bien frio, bien conciso, bien superficial, que acabamos de hacer de la ciudad de Roma, no siendo mas que una revista ligera, apresurada, á vista de pájaro como la hemos llamado, de las riquezas de Roma. Sin embargo, creemos haber puesto al alcance de nuestros lectores todas las principales ruinas, todos los palacios, todos los templos paganos, todas las iglesias católicas, todos los foros de la ciudad eterna á quien parece que la Providencia le ha concedido que se realizase el oráculo que refiere Virgilio, «*Imperium sine fine dedi*», te dará un imperio sin fin,» no obstante el continuo diezmo con que parece hacerle espiar la eternidad concedida á su existencia por las continuas invasiones que vienen á añadir nuevas ruinas á los gigantes cos restos que conserva en su recinto á despecho de los siglos y de los hombres.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ANECDOTAS HISTORICAS.

EL INCOGNITO.

El desengaño camina sonriéndose detras del entusiasmo.

MADAMA STAEL.

Si la rebelion de los moriscos durante el reinado de Felipe II habia puesto en conflicto su monarquía, tambien los turcos, á pesar de sus anteriores derrotas y de haber sido rechazados de Malta, contribuyeron no poco á acrecentar el sombrío humor de Felipe, pues se habian vuelto á declarar en rebeldía, y comenzado nuevamente á recorrer los mares haciendo estragos de consideracion. Los venecianos que aun se hallaban en guerra con los turcos, reclamaron la cooperacion de los españoles para acabar con sus tenaces enemigos, á lo cual se prestó Felipe gustoso, pues siendo dueño de algunos estados en Italia que comprendian gran parte de las costas que baña el Mediterráneo, no dejaba de experimentar igualmente que los venecianos, grandes males á consecuencia de la expedicion de los infieles.

Roma, los caballeros de Malta y Génova, tambien se coligaron con los venecianos y los españoles para el mismo objeto. Juntóse en Mesina una formidable armada: Antonio Colonna iba al frente de las galeras de Roma, Doria mandaba la escuadra genovesa, y don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, y cubierto de gloria por haber puesto término á la rebelion de los moriscos, fué el encargado por Felipe II para el mando de las fuerzas españolas en esta expedicion marítima.

Despues de algunas maniobras de las armadas cristiana y turca llegaron á darse frente en el golfo de Lepanto el 7 de octubre de 1571. No nos detendremos en narrar los pormenores de esta sangrienta lucha, al par que gloriosa para los cristianos, y especialmente para los españoles. La armada de los coligados se dividió en tres escuadras de combate y dos de reserva: cuando los cristianos divisaron las galeras turcas se prepararon

á la pelea con el mayor entusiasmo; en la galera llamada *Marquesa*, de Doria, y que ocupaba su puesto respectivo en el ala izquierda, gemia un jóven de veinte y cuatro años postrado por unas calenturas que le dispensaban de todo servicio; pero al escuchar las aclamaciones de sus compañeros, y conociendo por ellas que se acercaba la hora de combatir, se inflamó su pecho de amor pátrio en tales términos, que saltó de la hamaca y se presentó á los suyos pidiendo á gritos un mosquete.

Francisco Sancto Pietro, capitán de esta galera, se acercó al jóven y le dijo:

—¿Qué haceis, pobre español?

—Mi deber, respondió el intrépido mancebo, cuyo cuerpo se balanceaba.

—Las piernas se niegan á sosteneros; bajad, bajad y descansad: vuestro rostro amarillento revela vuestra poca salud; no os veo en estado de combatir.

—Me faltan fuerzas, dijo el jóven, pero me sobra corazon; no quiero que se diga que un soldado español estuvo escuchando el combate en vergonzoso reposo.

Pietro miró con admiracion al entusiasmado militar; observó que no tenia ningun distintivo que indicase su categoria militar.

—¿Cuál es vuestra graduacion?

El jóven lanzó un suspiro y respondió sonriendo amargamente:

—Mi graduacion.... Soy un pobre soldado: nada mas que un pobre soldado.

El capitán comprendió la risa forzada de su interlocutor; su semblante que manifestaba despejo y noble osadia, sus ademanes desembarazados y distinguidos y su manera de espresarse, eran cualidades que no armonizaban con su categoria de simple soldado.

—Desearia que os distinguiérais en esta jornada, caballero; no os perderé de vista, dijo Pietro.

—¿Si? contestó el militar; pues entonces os suplico que me coloqueis en el sitio mas peligroso y donde mejor podais observar mis operaciones.

El capitán Pietro entresacó de las filas doce hombres de toda su confianza y dijo al soldado:

—Bajad al esquife con estos doce hombres y defended con ellos la *Marquesa* cuando la veais atacada por los infieles. Señores, dijo en seguida á los doce combatientes señalando al jóven; reconoced á vuestro superior durante la pelea.

El atrevido soldado, que se vió improvisado gefe, desenvainó la espada y bajó al esquife con sus subordinados, diciendo:

—Hoy es el día en que debe hacerse eterna la fama del valor de los cristianos cuando combaten por una causa noble y justa: ¡a triunfar ó a morir como héroes!

Luego que bajaron al esquife, Pietro miró la manera con que el mancebo ordenaba su pequeña tripulación y caminó á lo interior de la nave diciendo entre dientes:

—Dios te dé tanta fortuna como valor manifiestas, y juro á los cielos que he de saber quien eres para sacarte de la humilde condicion de soldado.

Mientras tanto los turcos se iban acercando mas y mas á las escuadras cristianas y poniendo las suyas en orden de combate; anuncióse la terrible señal y dió principio el cañoneo por una y otra parte. La armada turquesca que habia avanzado demasiado, comenzó á experimentar los primeros descalabros por los cañones de las dos escuadras de reserva que mandaba Agustín Barbarigo, pero pronto llegó á generalizarse el combate trabándose las galeras unas con otras y peleándose como en tierra firme y haciendo muy poco uso de la artillería. La batalla fué sangrienta, pero la victoria quedó por parte de los cristianos; diez mil hombres perdieron los vencedores en la refriega, pero de los turcos perecieron treinta mil, haciéndose diez mil cautivos y apresándose ciento treinta galeras, despues de haberles quemado veinte y cinco y echádoles á pique treinta. Ocioso es manifestar la gloria que adquirieron las armas cristianas con este triunfo, y particularmente el justo renombre de don Juan de Austria en España.

Concluida la jornada, Pietro preguntó por el misterioso jóven y nadie pudo decirle nada acerca de su suerte.

—¡Murió quizás!... exclamó. ¡Le matarian!...

—O estará entre los heridos, observó un marino.

—Verdad, dijo Pietro; pronto lo sabré.

Bajó á la enfermería, fué recorriendo las camas una por una, mas no pudo hallar á su protegido; un soldado de los que habian bajado con él al esquife, llamó á Pietro y le dijo:

—¿Buscáis á nuestro gefe interino?

—Sí, ¿dónde está?

—A estas horas será pasto de los peces: recibió dos arcabuzazos en el pecho, y cuando yo caí herido y me recogieron á la par suya, daba pocas esperanzas de vida.

—¡Fatal destino! exclamó Pietro volviendo las espaldas.

La armada, despues de una breve estacion en el puerto de Petela para reparar las averías, volvió á Sicilia, desde cuyo punto se repartieron los buques en varios puertos de Italia. La *Marquesa* se trasladó á Me-

sina, y el capitán Pietro, recibió al otro día de su arribo la siguiente carta.

«Señor don Francisco Sancto Pietro: El que dicta estos renglones, es aquel jóven enfermo á quien destinasteis al esquife con doce hombres. Caí herido de muerte, y equivocadamente me trasladaron á la enfermería de otro buque que no era el mio. En el hospital de Mesina me encuentro, donde sabedor de vuestro arribo, aprovecho el momento para pedir os un certificado que acredite mi presencia y mi mala estrellada en el combate. Pienso solicitar una recompensa de S. M. don Felipe II, pues quedo inútil para el servicio. Es lo único que de vos desea, su humilde servidor».

—¿Son muchas sus heridas? preguntó Pietro al portador del billete.

—Tiene dos arcabuzazos en el pecho, y ha quedado manco de la mano izquierda; pero ya está fuera de peligro.

—¿Y quién es este soldado?

Un oficial marino que oyó esta pregunta, contestó al paño.

—Es un jóven aventureró, que sentó plaza de soldado en los tercios españoles.

—¿Le conoces tú? preguntó Pietro á su interlocutor.

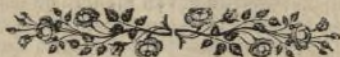
—Sí, repuso el marino; compone décimas á todos aquellos soldados que se las piden cuando tratan de hacer alguna declaracion amorosa... Yo tambien he reclamado su servicio; por eso le conozco.

—¿Con que es poeta? observó Pietro. Pasemos juntos al hospital; quiero hacerle una visita y aliviar su suerte en lo que pueda.

Pietro, el oficial marino, y el portador del billete, saltaron en tierra y se encaminaron al hospital. Sancto Pietro socorrió espléndidamente á nuestro soldado, y le dió el certificado que reclamaba, y de tal manera encomiaba sus servicios, que don Juan de Austria le concedió una pensión pecuniaria, pero no vitalicia. A pesar de su manquedad siguió la carrera de las armas, se halló en diferentes combates, y nunca pasó de soldado, por lo que indignado del poco aprecio que se hacia de sus sacrificios, determinó regresar á España; mas antes de llegar, fué hecho prisionero y conducido á Argel, donde despues de inútiles y malogradas tentativas para recobrar su libertad, tuvo que resignarse á sufrir las consecuencias del mas horroroso cautiverio. Por fin fué rescatado por los padres de la Merced; vino á España, eligió la carrera de escritor para vivir, compuso una obra que admiró el mundo; pero sus mismos admiradores le dejaron morir pobre en una miserable bohordilla de una casa situada en la calle de Cantarranas en Madrid.

El soldado de Lepanto se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra, y la obra que compuso, *Don Quijote de la Mancha*. Sin embargo, hasta hace muy pocos años, su patria no le ha erigido un monumento.....

I. A. BERMEJO.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.



DON JAIME II, EL JUSTICIERO. (1)

DOÑA DULCE DE ARAGON.

Páginas de 1319.

Cada rincón del planeta que habitamos tiene su novela.

La tradición conserva como un tesoro y trasmite en herencia de una generación a otra esa larga serie de leyendas, cuyo fondo casi siempre es un episodio oscuro

(1) Es copia del original que existe en el archivo de Aragón en Barcelona.

TOMO VII.

de otra mas oscura historia: y la biografía insulsa se convierte en romance escrita por la mano de un joven poeta.

El siglo actual convencido de la corta duración de nuestra existencia, aplica el vapor hasta en la literatura y ha abandonado al escolasticismo con sus eternos estudios. No se trata ahora de envejecer en las cátedras con la boca cerrada, ni de discutir sutilezas en certámenes enciclopédicos: los que hoy piensan son mas mundanos; trabajan para vivir y no viven para trabajar. El siglo XIX es el positivismo encarnado. Abandona por inútil y perjudicial la monotonía y la ideología sintética; inventa ferro-carriles, y usa de globos aerostáticos; traslada las noticias instantáneamente por medio de la

23

electricidad; desquicia en pocas horas á una monarquía ó crea gobiernos, nacionalidades y creencias en menos tiempo; destruye á la arquitectura, y como Noé, solo edifica transitoriamente; recoge y encierra en colosales bibliotecas un millon de volúmenes anuales; erige monumentos á la antigüedad colocando sus obras bajo el pedestal; lee la historia en los folletines; aprende moral en los libelos; discute la política en los cafés; y como el compadre Mateo necesita un fraile en su postrer hora.

Cada época tiene su moda.—La historia filosófica ha pasado á ser política; la biografía á su vez se ha convertido en crónicas y leyendas que el espiritismo busca ansioso, como lo útil marido con lo agradable.

Resucitemos, pues, del polvo de los sepulcros á nuestros mayores por medio de páginas tradicionales, que como otras análogas, anteriormente escritas, ofrecemos al inteligente y generoso editor de ese magnífico album español, el MUSEO DE LAS FAMILIAS.

I.

Una calurosa noche de julio, en la que solo brillaban algunas estrellas fugitivas, un confuso tropel de hombres y caballos salió por la puerta occidental de Tarragona, que ahora llaman de San Francisco, dirigiéndose por la orilla izquierda del Francolí, que vadearon frente á una hermosa casa de campo, cuyos jardines cercaban altos muros y que distaba media legua de aquella ciudad. Dos de los caballeros se apearon, y abandonando sus corceles asaltaron las paredes del parque por medio de una escalera de mano, internándose despues por el laberinto de calles que formaban un sin número de bojes, cipreses y rosales. Gracias á un farol que llevaba encendido el que parecia de menos edad, pudieron llegar á una plazuela rodeada de frondosos árboles, en cuyo centro se elevaba la cúpula de una capilla de la Virgen, iluminada su imagen por dos lámparas de plata.

Los dos viajeros nocturnos iban armados de pies á cabeza, y sus rostros estaban cubiertos con mascarillas negras. Escondió el uno su farol tras la pared del oratorio y el otro despues de haber registrado el santuario dijo en idioma catalán:

—Apenas puedo dar crédito á tus palabras, Camilo. ¿Cómo ese imbécil pasa los dias en intrigas amorosas, mientras que los ricos—hombres y fidalgos derraman su sangre en las santas cruzadas? A buen seguro emplea bien sus horas el mozalvete, que hasta le ha faltado tiempo para preguntar por su padre. Sin duda ignora mi llegada; mas yo te prometo será eficaz la correccion que le preparo, y juro por el glorioso apóstol, mi patrono, que pondré término á sus devaneos, ¡famoso pasa tiempo!

—Propio de su edad: añadió el otro enmascarado.

—¿Y cómo hasta ahora no has entendido su misterioso retiro?

—No lo estrañéis, don Jaime, todos hemos creído que ese jóven, de un carácter triste y meditabundo, se habia arrinconado en un convento, para entregarse á la soledad de la vida mística, y solo á una mera casualidad debo el conocimiento de su secreto.

Un dia fué encontrada su daga en los jardines de la baronesa, y despues me confesó su page que pasaba todas las noches fuera del monasterio.

—Comprendo, repuso el primero soltando una carcajada, será la luna de miel.

—Hoy cabalmente cumple un mes del dia en que sucedió cuanto os he referido. El jóven condujo al altar á la hija de la baronesa; un sacerdote les dió su bendicion y dos embozados sirvieron de testigos.

—¡Imposible! exclamó aquel, y su voz dominada por

la cólera desmentia la palabra que acababan de pronunciar sus labios.

El otro continuó.

—Oí al ministro llamarles por sus nombres, y bien claro llegó á mis oídos el juramento que pronunciaron

—¡Locura del doncel!

—¡Flaquezas de la juventud! añadió con siniestra ironía el otro.

—Yo reprimiré sus desvios, gritó su compañero; aunque hijo mio sufrirá el castigo como un miserable pecchero; y esa sirena italiana espiará en un claustro su desenvoltura. No impropriadamente me llaman el justiciero.

—Bajad la voz. Estamos cerca de las habitaciones de la casa y podrian escucharnos.

—Bien; esperemos.

—Entretanto prestad atencion á la historia que os he ofrecido al acompañaros á este retiro.

—¿Es concerniente á esa jóven estrangera?

—Pronto lo sabreis. Cuando vuestro ejército victorioso ocupaba la Calabria, recibí una herida peligrosa en la batalla de Puzzolo, y moribundo fui conducido al primer asilo que me deparó la suerte. La baronesa Maria de Bassano, en cuya casa fui curado, me cuidó como á un hijo. Durante los largos dias de convalecencia, la baronesa y sus hijas procuraron hacer suave el fastidio de un caballero condenado á la monotonía doméstica. La mayor de aquellas, de quince años escasos, tenia los ojos azules y era bellissima. La otra era una niña de poca edad, nacida dos meses despues de la muerte de su padre. Embelesada doña Leona, era el nombre de la primera, por las relaciones apasionadas que la contaba de la guerra de España contra los sarracenos, de los duelos entre galanes por una mirada de su dama, de los torneos y de los amores á que convida la libertad de los corazones, sin duda se figuró era yo uno de aquellos ángeles que prometen las madres á sus hijas para acompañarlas al cielo: de la admiracion al amor solo hay un paso, fui correspondido; empero la inocencia de la jóven se reveló contra mis deseos y juró no ser mia sino despues de esposa. Efectuóse nuestra boda clandestina: un judío hizo de sacerdote y dos esclavos de testigos. La jóven huyó conmigo. Algunos años pasaron y olvidada aquella infeliz en su patria me ofrecisteis la mano de una rica heredera en premio de mis servicios; y me encontré esposo de doña Dulce, la hija menor de la señora de Bassano. Quiso la fatalidad que su hermana mayor, á quien creíamos difunta...

—¡Silencio! interrumpió el segundo enmascarado, alguien se acerca.

Los dos caballeros se escondieron tras de unos rosales, y no era inmotivado su recelo, pues de unas gradas de piedra, que desde la galería de la casa daban al jardin, bajaron dos mugeres; una señora anciana vestida de negro y otra interesante jóven, las cuales se dirigieron hácia la capilla de la Virgen.

—Hija mia, decia la una á la otra abrazándola estrechamente, Dios te bendiga, aun no escarmentada con tu primer marido, buscas un nuevo yugo entregándote locamente á un desconocido peor quizás que el anterior.

—Madre mia, respondió la jóven con resolucion, es ya mi esposo.

—Si, una boda nocturna, un casamiento clandestino como el de tu hermana Leona. Seducida por un caballero á quien di asilo por compasion de sus heridas; engañada con promesas y juramentos huyó tras el traidor, que hasta su nombre mintió con ella; despues de aquel triste acontecimiento me retiré á un claustro para salvar á mi última hija de la codicia mundana. La reina doña Blanca te llevó á su corte, bien á pesar mio, pues preveía otra desgracia; y luego que me noticiaron tu casamiento volé para impedir un crimen, mas llegué tarde.



—¡Ay! fugitiva de aquel malvado volví á vuestros brazos que abristeis á mi arrepentimiento.

—¡Día fatal! ¿Te acuerdas?

—¡Y cómo olvidarlo! cuando en medio de mi inespereciencia y de mi timidez, sentía rebelarse el pudor contra los deseos, al débil resplandor de la lámpara que iluminaba la alcoba nupcial, vi interponerse ante mi esposo á una muger vestida de blanco y cubierto el rostro con un velo. Apartándome de los brazos de aquel, gritó con voz doliente: «Camilo, noble hidalgo de Aragón, ¿piensas dormir tranquilo al lado de esa niña, como si pudiese pertenecerte ante Dios? Yo te pregunto ¿dónde está tu primera esposa? Levántate, Camilo, y da gracias al Señor que bendijo nuestro lazo.» Mudo y petrificado quedó el culpable consorte, y miraba á la misteriosa muger en un estado de completa estupidez. «Camilo, volvíó á decir ella: por un deber sagrado eres mi esposo; juramentos solemnes á mi te unen, y prendas vivas tu amor reclamaban. A otra necia has engañado, mas soy tuya antes que ella. ¿Es acaso hermosa, joven y rica? Rica, joven y hermosa he sido.»

—¡Era aquella infeliz tu hermana!

—Al otro día lo supe.

—Llegué yo y te encontré en un delirio espantoso que me hizo temer por tu vida.

—Hubiera sido entonces demasiada dicha el morir. Mi pobre hermana espuesta á la rabiosa venganza de Camilo....

—Fué justo el rey contigo.

—¡Ay, madre! á ella la dejó en manos de su verdugo.

—Era su marido; desde que una joven se enlaza, cesan los derechos de una madre, á fin de que pueda haber víctimas.

—Es cierto, balbuceó la joven.

—¿Y no temes, prosiguió la anciana, que por segunda vez la fatalidad te persiga?

—No, madre mía. Entonces recibí un esposo de la mano del rey; ahora lo ha aceptado mi corazón.

—¿Y si con el tiempo esa ilusión se desvanece?

—¡Imposible!

—Ese joven, pues, se llama....

—Callad, él viene.

La hermosa niña había casi adivinado la llegada de su amante.

—Su nombre, preguntó la madre.

—Os lo dirá él mismo.

Estas últimas palabras apenas llegaron á la baronesa: su hija había desaparecido entre los rosales. La madre se volvió lentamente á casa, y sus suspiros se perdieron entre las auras de la noche. Al cabo de un breve rato la joven regresaba á la plazuela en brazos de un embozado.

—¡Jaime!

—¡Dulce mía!

Estos nombres fueron pronunciados por toda la fuerza del amor que podían expresar los labios de aquellos dos seres felices. Un sordo ruido se oyó detrás de los arbustos, que no percibió el oído de los amantes, que sentados en un banco de piedra, se entregaban á sabrosos coloquios, sin sospechar fuesen espiados.

—Esposo mio, decía ella, no es posible vivir separada de ti tantas horas en un día; á cada instante el temor y la duda me martirizan.

—¡La duda! exclamó el joven.

—Sí; me parece que todas las hermosas deben amarte, y que tú mismo, apartado de aquí, te olvidas quizá de que quedo sola.

—Dulce mía, me amas demasiado para no estar celosa, y eres muy niña para no ser injusta. ¿Crees que durante esos largos intervalos de ausencia sufre tu corazón mas que el mio? Pregúntalo á ese astro importuno que alumbra al firmamento, y te responderá

con los quejidos que mi pecho exhala desde su aparición en el oriente hasta su ocaso; pregúntalo á esa fiebre que me abrasa calmada en un momento entre tus brazos; pregúntalo á tu mismo corazón, que sin duda corresponde al mio con sus simpáticos latidos. ¡Oh! es inmensa mi pasión para dar celos.

—Tendrás razón, amado esposo, empero es involuntaria mi queja, y únicamente á ti puedo decirlo. Esos breves momentos que en medio de las lóbregas noches me concedes, avivan en el alma la esperanza de un día sin fin para nuestros deseos. ¡Oh! no anhelo la satisfacción de que el mundo contemple á mis pies al que amo; me bastaría que olvidados los dos en un retiro, viviésemos sin importunos, para probarte la eternidad y constancia de mi cariño. ¡Temo tanto el perderte!

—¿Por qué?

—Dios lo sabe; yo lo presiento.

¿A qué referir un diálogo de amor? ¿Quién en su primera juventud no ha sentido esas palpitaciones, esas miradas de fuego y esas palabras á veces ininteligibles que animan y pronuncian ojos y labios de personas que aman?

Lo que se dijeron aquellos dos jóvenes á quienes una perfecta simpatía, poco importa á esta crónica, y solo anudaremos el hilo dos horas después de la llegada del joven cuando era ya pasada la media noche.

—Esposo mio, dijo ella ¿es hora ya de separarnos?

—Sí, la luna va á salir y sería descubierto.

—Escucha, Jaime amado: sabe bien el cielo....

—¡Dulce mía! exclamó en tono de reconvenção el joven; calla, calla; esa confesión no debe salir de tu boca.

—Es verdad; pero te amo tanto, que quisiera ser tu esclava con tal de estar siempre á tu lado.

Los dos amantes se levantaron, y abrazados se dirigieron por una de las calles de la alameda, oyéndose de vez en cuando el ruido de sus besos.

Los enmascarados salieron entonces de su escondite.

—He escuchado á pesar mio, dijo colérico el uno de ellos, esas indiscretas expresiones, y no me queda duda de que ella es culpable y mi hijo criminal.

—Así, pues....

—Dispondrás que esa ambiciosa joven sea encerrada en un castillo, y que sufra el castigo de su pasión insensata.

—¿Y mis derechos sobre ella?

—Pues qué ¿ha muerto Leona, tu primera esposa?

—Ah, sí; y puedo daros las gracias por el tiempo que he tenido que sufrirla.

—Bien: acerca de la causa de su muerte arreglarás tus cuentas con Dios ó con el diablo: ahora doy por buenos tus derechos sobre su hermana.

—Es justicia.

—O á lo menos un golpe de política. ¿Crees te la devuelvo porque sea válido tu casamiento? No: es porque quiero destruir de esta manera las esperanzas de mi hijo, y así no se malogrará el enlace que he acordado con una princesa de Castilla.

—Don Jaime! exclamó en voz baja el otro enmascarado, señalándole un bulto que se dirigía hácia ellos.

—¿Qué veo!

—Es ella.

—Prontitud y sigilo.

Cuando la joven Dulce llegó al oratorio y se vio sola en la soledad de la noche y del parque, tuvo miedo, y por un instinto natural se refugió en lo interior de la capilla. Postróse ante la reja, y los ángeles oyeron sin duda sus plegarias.

Poco después uno de los enmascarados penetró hasta allí seguido de muchos otros. Al ruido de pasos precipitados volvió ella el rostro, y al ver á los desconocidos quiso gritar, mas la voz se le heló en la garganta.

ganta. Acababa de conocer al gefe de aquella turba armada. Este, sin darle tiempo, la puso un pañuelo en la boca, otros dos la cogieron en brazos, y entonces, imposibilitada de hablar y de moverse, suspiró con un hondo gemido, y se quedó desmayada.

El segundo enmascarado permaneció en la plazuela del oratorio, á donde llegó súbitamente la baronesa atraída por el quejido de su hija que las manos y el lienzo no pudieron ahogar. Al percibir á un hombre inmóvil, cuyo rostro estaba encubierto, los labios de la anciana hablando por su corazón, llamó con voz trémula.

—¡Hija mía!

—¿A quién buscas? preguntó él con acento bronco.

—¿Y tú, quién eres? dijo á su vez ella.

—Amigo vuestro soy.

—Descubre el rostro.

—¡Baronesa de Bassano! los hombres tiemblan al verme cara á cara.

—¿A qué venis, pues?

La pobre anciana titubeaba.

—He venido para castigar un crimen; y para salvar á un imprudente en el borde del abismo.

—No comprendo.

—María, cae la deshonra sobre el nombre mas illustre de Aragon.

—No os conozco.

—¿Y no tiembblas todavía? gritó con voz de trueno el embozado.

—¿Sois acaso juez en mi casa?

—Mas alta es mi espada.

—Si es cierto lo que decis, oid la excusa: despues juzgadnos.

—Es inútil. El rey perdona; mas ha dispuesto que esa hermosa jóven, causa de tanto escándalo, sea encerrada....

—En mi casa!

—He prevenido el celo de una madre.

—Acabad....

—En este mismo instante la conducen....

—¿Adonde?

—A un castillo.

—¿Mi hija!

—Allí estará hasta su muerte.

—¡Asesino!

—Es el castigo que impongo á su adulterio.

Al pronunciar estas últimas palabras, el enmascarado volvió la espalda alejándose lentamente: la anciana corrió hácia él y agarró su tonelete con ambas manos gritando.

—Deteneos: sabré quien sois.

—¿Quieres saberlo?

Contestó él con calma y frialdad. La pobre muger seguía gritando:

—¡Socorro!

Y arrastraba hácia el oratorio al enmascarado sin que éste opusiese la menor resistencia. En aquel momento llegaron varios criados de la casa con hachones encendidos y un jóven entró por el fondo. Era Jaime, el amante ó esposo de doña Dulce y traía la espada desnuda.

—¿Qué escucho! exclamó al ver á la madre de su amada, una voz siniestra os amenaza, señora, y resolviendo su mirada por entre las luces distinguió al embozado en medio de los criados.

—¿Es este el atrevido que os insulta? la preguntó, y dirigiéndose al de la careta continuó:

—Y tú ¿quién eres?

El desconocido permaneció silencioso é impasible.

—Caiga esa máscara que cubre tu rostro.

A la amenaza del jóven el otro dió un paso atrás.

—¡Jaime! contestó con voz airada y desenvainó su espada.

El mancebo al oír su acento quedó aterrado; mas no por ello desistió de su primer idea.

—¡Atrás! prosiguió el desconocido sin defenderse.

—Baja la voz, repuso el jóven, ó con mi acero....

—¿Tú contra mí?

—No saldrás de aquí sin que te vea cara á cara.

Y su espada se cruzaba con la del enmascarado.

—Soy.... dijo éste, y su voz fué dominada por el murmullo de los criados, mas él con la mayor calma y magestad apartó la máscara de su rostro. Entonces sucedió una espantosa reaccion. Todos los que fijaron sus miradas en el extraño ya desenmascarado retrocedieron dando un grito de terror.

—¡El rey! Esclamó el jóven dejando caer el acero de sus manos, y todos repitieron con voz sorda:

—¡El rey!

II.

Algunas horas despues el noble don Camilo de Pinós, rico hombre aragonés, gobernador de la ciudad de Taragona, se paseaba muy agitado en un salon del palacio, que habia sido, según la tradicion, del pretor Poncio Pilato.

A la luz del día el rostro del hidalgo presentaba las huellas de una larga vida viciosa, y las arrugas en su calva frente demostraban una vejez prematura. En un extremo de la estancia estaba sentada doña Dulce. El que la hubiese visto un dia antes no era capaz de reconocerla. La linda siciliana tenia sus ojos azules hondos y sin brillo; amoratados los labios y pálidas sus mejillas; el desórden de su cabellera y algunos cardenales que se percibían en sus blanquísimas espaldas acusaban al caballero de violencias que repugna ejercer contra una dama.

El aposento destinado para servir de prision á la jóven era uno de los mas interiores y por lo mismo menos accesible. Su ornato consistia en cuadros de grandes dimensiones, cuyo argumento habia sido sacado de la Biblia, aunque sus imagenes eran Saras, Susanas y Sulamitis. El castellano de aquel palacio si era devoto lo era de bellos modelos.

Cansado don Camilo de dar vueltas y de encontrar siempre la frialdad y el desden en el rostro mudo de la prisionera, se paró de repente y encarándose con la jóven, dijo:

—Sabe, Dulce, que estás condenada por el rey que dá por legitimo nuestro enlace en atencion á que tu hermana ha fallecido.

Si hubo motivo fundado para el divorcio ha desaparecido con el obstáculo, y eres mia ante Dios y ante los hombres.

La jóven permaneció callada, y á pesar de la mirada observadora de don Camilo no demostró el mas mínimo gesto de cuanto pasaba en su pecho.

—Es preciso, continuó, recuerdes aquel dia en que de manos de la reina doña Blanca pasaste á mis brazos: débil muger, ante el sacerdote pronunciaste un voluntario juramento, juramento de un amor sagrado é indisoluble. Tus ojos hácia mí se dirigieron ansiosos de deleite y ninguna nube empañó tu belleza en ocasion tan grata. Sin duda era poco para tí la corona de un rico home que ambicionas la de un rey.

Los labios de doña Dulce dejaron pasar un suspiro. —Cuando esta noche última, prosiguió don Camilo con mas amargura, encenagada en un sabroso coloquio maldecías mi nombre y procurabas olvidarme ¿no te avisaba el corazón de que pudiese estar allí presente y escucharte un hombre que habia sido tu esposo? Fué, sin duda, placentera la noche de tus bodas y á buen seguro no fuiste desdenosa con el principe. ¡Ya se vé.... era el heredero de un trono!

En vano trató el noble aragonés de irritar á la jóven; no logró una respuesta con sus sarcásticas diatribas.

—Ya puedes dar al olvido tus devaneos. Hoy mismo te conduciré á Prades, y allí, privada de ver la luz del día, esperarás en vano vaya á salvarte ese almiarado doncel. Considera, insensata, que has comprometido la paz de un reino con tu proceder, alucinando las pasiones del infante don Jaime, prometido esposo de una princesa castellana. No seas loca; escucha á la sana razón y renuncia á enredos que pueden costarte la vida y al príncipe el trono y la libertad.

El sermón ó plática del bidalgo aragonés hubiese sido bastante larga á no haberse oído llamar á una de las puertas de la estancia. El caballero se dirigió apresuradamente al reclamo, salió del aposento y al volver á cerrar la puerta corrió el cerrojo, dejando la jóven encerrada en su prision.

Cuando la infeliz doña Dulce quedó sola en aquella estancia, su primera idea fué la de buscar medios para huir; empero se convenció muy pronto de la imposibilidad de toda escapatoria. Entonces, como el reo en capilla, se resignó al destino, y balbuceando una plegaria se arrodilló en uno de los rincones, y los sollozos dieron un pequeño desahogo á su angustiado pecho. Entretanto la puerta que había cerrado don Camilo se abría lentamente, y al volver el rostro la jóven vió en el dintel al rey de Aragon inmóvil y mudo. Alzóse del suelo sin precipitación y con suma dignidad acercóse á don Jaime y con voz dolorosa le dijo:

—Sin duda, señor, venis para libertarme de la prision á la que he sido conducida esta noche por un hombre, que se llama mi esposo. La historia de nuestra desgracia os es harto conocida y no creo hayais olvidado que disteis por nulos los lazos que me unieron con el rico-hombre de Pinós. Entonces no comprendo la presencia vuestra en este sitio, pues no me cabe la menor duda he sido arrebatada por orden ó consentimiento....

—Doña Dulce, interrumpió el rey, siento verme reducido á tal extremo por el reposo de mi familia y el honor de la corona aragonesa: mas la compasion....

—No imploro compasion, don Jaime, justicia pido.

—Sé que un secreto himeneo....

—Es verdad: el príncipe es mi esposo; mas no soy culpable, ni de ambicion, ni de engaño.

—Como, ¿no sabias acaso....

—Ignoraba fuese un infante de Aragon mi amante, que de lo contrario jamás hubiese consentido en el enlace que vuestro hijo me propuso como noble sin fortuna. Al darle mi mano, la hija de un baron de Bassano descendió hasta un desconocido sin título, sin riquezas, mas mi corazon le amaba y no vió en ello un sacrificio.

—Perdono su extravío y disimulo tu ignorancia. Con todo, altas razones de política se oponen á que sea público este matrimonio. El rey de Castilla ha ofrecido una princesa para mi hijo.

—¿Y qué?

—Está en tí hacer que consienta.

—¿Lo creéis así, rey don Jaime? ¿Me proponeis abandonar á mi esposo y aconsejarle acepte otra esposa? ¡Oh! ¡Renunciar á su amor? Imposible.

—No romperé ese lazo de cariño que os une; antes bien protegeré vuestra dicha; empero ante el mundo debe casarse con una infanta castellana que ha de ser reina; tu serás la amada, la otra será su esposa.

—¿Tan torpe vileza osais creer que acepte? Soy dama, don Jaime, y la sangre que corre por mis venas es la de Tancredo: no hay barra alguna en nuestros blasones y mi padre murió por vos en Italia. Soy esposa de un príncipe; pues bien; si os estorbo, matadme.

La hermosa jóven pronunció estas palabras con todo el orgullo de un alma noble injustamente ultrajada,

y dió un paso hacia el rey, como ofreciéndose por víctima de esas miras ambiciosas que tantos sacrificios han costado á las reales familias. El monarca aragonés no comprendió el verdadero sentido de aquella espresion resuelta, y creyó era despecho ambicioso lo que desesperaba á la jóven. Comúnmente los hombres no se satisfacen con razones sensibles ante el frio cálculo de los intereses; y don Jaime, ya de si poco accesible á la ternura, se convenció era una necesidad en un rey retroceder en el camino de la política por una muger. Mas había conocido la pasion estremada de su hijo y tenía llegar al escándalo si se viese obligado á luchar abiertamente con lo que pensaba era un capricho de la juventud; así, pues, trató de emplear todos los medios posibles para vencer la obstinacion de doña Dulce.

—Conozco tu amor y lo apruebo, dijo á la dama con estudiada blandura, cuando jóven supe tambien ser sensible á esas miradas de fuego que prodigais las hermosas; pero es preciso reflexionemos, aquí los dos un medio para salir del apuro. Renunciar á ese enlace que me ha propuesto la corte castellana es poco menos que imposible: el estado actual de la cristiandad exige sacrificios para que unidos sus géfes sucumba el islamismo en España.

—Bien, señor don Jaime, respondió la jóven sonriéndose con tristeza, he encontrado un medio que nos conviene á todos.

—¡Oh! exclamó dudando el monarca.

—La infanta de Castilla será esposa del heredero del rey de Aragon sin que pierda yo á mi marido.

—¡Jóven! repuso don Jaime, la pasion te hace delirar.

—Rey de Aragon, no os engaño.

—Volvamos, pues, á los pormenores.

—Eso todavia no. Preciso es esté segura de vuestra palabra antes de descubrirnos mi secreto.

—¿Mi palabra pides?

—De reconocer á vuestro hijo como esposo legítimo de Dulce de Bassano.

—¿Ante Dios ó ante los hombres?

—Y á mi como á infanta de Aragon; prosiguió ella sin hacer caso de la pregunta irónica del rey.

—¿Cómo conciliamos estos extremos? dijo éste riendo.

—La infanta de Castilla se desposará con vuestro heredero.

—Pues señor, estoy tan torpe que nada comprendo.

—Cumplid mi demanda, y os juro por el Señor, se cumplirá cuanto os he prometido.

—Lo reflexionaremos, concluyó el monarca, y sin saludar á la jóven volvió á desaparecer por la puerta.

La estraña cuestion de doña Dulce chocó á don Jaime, y sinó hizo caso del enigma fué porque contaba aun poder convertir á su hijo.

III.

El rey don Jaime amaba á su primogénito con bastante afecto para tolerar sus pasiones, pero era soberano mas que padre, y por lo mismo debía ser inflexible en un asunto incidental que iba á trastornar un plan político, hábilmente combinado para engrandecer sus estados. Calculaba el prudente monarca que el amor contrariado acostumbra á ser mas vehemente, y antes de chocar con dos locos, quiso probar todas las vias de conciliacion posibles. Mientras que las campanas de la catedral tocaban á visperas solemnes, á las que asistirian probablemente las cortes del reino unido, convocadas para el otro día, que era del glorioso apóstol patron del soberano, éste, vestido con el traje ceremonial de corte, acababa de entrar en la sala del trono, acompañado de

su hijo, heredero que iba á ser jurado por los representantes del pueblo. El rostro del rey sério y tranquilo tomó el aire risueño al penetrar en la estancia real; hasta el color cetrino de sus anchos pómulos se coloró ligeramente y sus gruesos labios espesaron, quizás por la vez primera, un gesto de alegría y satisfacción. El príncipe en nada se parecía al padre: era alto, delgado de cuerpo; la cara redonda, tez blanca y ojos azules no eran propios de la familia de los Berengüers. El jóven vestía un tonelete sencillo, calzon sin bordados y la espada con el puño de hierro.

Don Jaime contempló por un momento á su hijo, y tomando afectuosamente su mano, le dijo:

—¿Sabes ya que para mañana están convocados los tres brazos del reino para jurarte por sucesor en el trono de Aragon y Barcelona; que los malcontentos están

en mayoría, y que la única condicion suya, al tratar de ir acordes, es la realizacion de tu enlace con la infanta de Castilla? Aunque sé que no satisface á tu deseo esa boda, con todo, creo que las razones espuestas te convencerán de la necesidad absoluta que tenemos de ceder ante la voluntad general en un negocio honroso para nuestra casa.

—Señor, respondió el príncipe con resolucion, estoy casado.

—Este matrimonio es nulo, replicó el rey con energia. —Estais en un error. Dios lo ha bendecido por medio de un sacerdote y no ha habido engaño ni maleficio.

—Tus padres y tus hermanos nunca admitirán á su lado á una estraña, cuya sangre no es de reyes.

—Es mi esposa.

—Dejemos esas polémicas frívolas que deshonran á



ESPAÑA QUE HA SIDO DESHONRADA DEBE ROMPERSE. (1)

un primogénito de Aragon y reduzcamos al frío juicio nuestros intereses. Si renunciamos á la infanta de Castilla y entra en la real familia esa jóven italiana, las cór-

tes mañana mismo van á desheredarte, y ¿quién sabe los medios que se adoptarán para prevenir una guerra civil inevitable!...

El monarca aragonés hubiese seguido su plática hasta altas horas de la noche á no haberle interrumpido su hijo, cuya impaciencia febril se pintaba en sus facciones.

—Señor, exclamó el príncipe, discutan enhorabuena

(1) El dibujo está sacado de una copia del salon del trono que habitó don Jaime en Tarragona, y el retrato del hijo de un relieve que existe en su sepulcro en Poblet.

todos los que quieran mis derechos; yo vengo á reclamar justicia del rey y no á escucharos.

—Justicia! ¿Contra quién?

—Ayer noche unos enmascarados robaron á mi esposa dentro de su misma casa, é ignoro donde la habrán conducido.

—¡Caballero!... gritó el rey conteniendo apenas su cólera.

—Justicia! repuso el jóven.

—Está cumplida. Un claustro para ella y una prision para ti... dijo el anciano.

—Bien. Mas sin duda ignorais, señor, que las sentencias del rey en Aragon son limitadas y que hay apelacion contra sus tropelías...

—¡Insensato! ¿te atreverias á ser mi acusador?

—Lo he hecho.... respondió el infante con suma frialdad.

—¡Tú!

—Escuchad, rey don Jaime. La gran campana clama al Justicia mayor del reino para ese acto solemne de apelacion contra el despotismo del monarca. Hoy sin duda un tribunal será vuestro juez; mañana poco me importarán los acuerdos de las córtes.

En efecto, se oía en el silencio de la noche el planido grave y monotono del sagrado bronce que anunciaba alguna novedad extraordinaria.

El rostro descolorido del rey se tiñó de púrpura y un rayo de cólera brilló en sus ojos.

—Daremos un escándalo de familia, exclamó el monarca, y se verá por la primera vez á un padre acusado por su hijo. Podrá condenarme un juez envidioso, movido de un celo anárquico, empero los hombres justificarán algun día mis demasías á favor tuyo.

—Y el mundo aprobará cuanto yo haga á favor de mi esposa, de una pobre jóven á quien no os habeis atrevido á castigar á la luz del día.

La vehemencia con que hablaba el jóven principe, en vez de reducir al padre á su prudencia anterior, solo sirvió para acabar de irritarle.

—Conformes, repuso, compareceré ante el Justicia de Aragon á responder de un acto de severidad paternal, acaso disculpable; empero ni el tribunal ni todos los soberanos de la tierra podran devolverte á tu amada.

—Señor, sois incapaz de ese atroz delito con que me amenazais.

—Y qué es un crimen en la balanza de un reino! ¿Valdrá esa jóven estrangera una familia entera, todo un estado?

Los cabellos del infante se erizaron de horror, y una convulsion terrible agitó su cuerpo.

—Tu desobediencia fatal, continuó el rey, producirá la disension entre tus hermanos, y la guerra intestina si tu matrimonio clandestino tuviese consecuencias. Cuando en mi última hora, especta lor impotente de las desgracias que preveo, lance sobre tí mi maldicion, Dios oirá el acento doloroso de un padre y no dejará sin castigo al que haya motivado mi desesperacion.

—Oh! replicó el infante, no lleveis la hipocresia hasta este estremo. Decid que es un obstáculo á vuestra ambicion mi esposa y no invoqueis la justicia divina, que si tiene que castigar una imprudencia pura, habrá de descargar todo su peso sobre los raptos y asesinos. Mi desobediencia, decís ¿en que actos la habeis notado? Jamás os he faltado al respeto debido como hijo que soy y subdito vuestro. Si una noble pasion me ha conducido al altar para ser esposo, si ese casamiento se ha efectuado sin esperar vuestro consentimiento, ha sido porque mi rango era un impedimento, y nunca el principe de Aragon hubiese logrado la mano de doña Dulce. Pues bien; si no quereis perdonarme esta falta, estoy pronto á sufrir la pena que os plazca imponerme; pero

declaro en voz alta que no permitiré sea sacrificada una victima.

—Cómo ¿te atreves á desafiarme?

—¡Rey de Aragon! Si cuando el Justicia mayor mande que devolvais á doña Dulce libre y sana á los brazos de su madre, no pudiese cumplirse la sentencia, á mas de la cuenta que habeis de dar á Dios de ella, tendreis que dar otra aqui en vida.

—¡Caballero! de rodillas ante tu soberano, exclamó don Jaime con concentrada rabia.

—Si es para demostrar mi reverencia al rey, doblo mi rodilla, dijo el principe efectuándolo, si es para renunciar al juramento que he hecho de vengar á mi esposa, me levanto.

Y el jóven alzándose del suelo ostentaba en su rostro toda la energia de que es capaz un amante contrariado.

—¡Ah! murmuró el monarca, ayer vi la punta de tu espada en mi pecho y hoy tus palabras afrentando á mi honra. ¿Qué otro desacato falta? ¡Oh! no es noble el que ciñe un acero que sacó contra su rey, ni hijo el que amenaza á su padre.

—Aqui la teneis, contestó el jóven, y desenvainando su espada la puso respetuosamente en manos de su padre; si os ha ofendido castigadla: cuando la tuve desnuda era contra un enmascarado, y nadie puede creer tenga necesidad un rey de cubrirse el rostro.

—Espada que ha sido deshonra la debe romperse, dijo don Jaime, y apoyándola por su mitad en la rodilla hizo dos trozos que tiró por una ventana.

—Así acabais de romper los lazos que nos unian en el mundo, exclamó el principe, y conociendo que no podría contenerse, se dirigia hácia la puerta.

Abrióse ésta en aquel momento, y se presentó en el dintel un caballero armado de punta en blanco, con una bandera en la mano, en cuyo fondo blanco estaba escrita con letras de oro la palabra JUSTICIA.

IV.

Poco mas de la media noche del mismo dia el arzobispo de Tarragona, primado del reino, con traje pontifical, en el oratorio de su habitacion, y ante el señor don Jaime II, conde-rey de Barcelona y de Aragon, ratificaba solemnemente el enlace del primogénito de la casa real con doña Dulce. La escasa luz de la capilla no dejaba distinguir el despecho del monarca, la satisfaccion del hijo y la palidez en el rostro de la jóven: por lo demas el silencio era triste y religioso.

Concluida la ceremonia el rey se puso de pie y dirigiéndose con ademan de cólera al prelado, dijo:

—Señor arzobispo, he cumplido por mi parte cuanto habeis exigido á fin de evitar ese escandaloso proceso del Justicia mayor del reino; he consentido en presentiar como soberano la revalidacion de ese matrimonio; he cedido á vuestras razones: falta ahora cumplaís entre los tres la palabra sagrada, empeñada bajo juramento de que la princesa de Castilla sea la esposa del heredero de Aragon.

—Lo será, y el mundo entero la reconocerá como á tal, respondió el primado.

V.

El 25 de julio del año de gracia 1319, amaneció puro y sereno, saludado el sol á su salida por un repique general de campinas, anuncio de la gran fiesta que la ciudad de Tarragona ofrecia al rey don Jaime y de la

celebración de cortes convocadas allí por aquel monarca.

Después de haber asistido los procuradores á la misa mayor en la catedral, con presencia de toda la familia real, se reunieron en el salón del castillo ó palacio arzobispal, y apenas constituidos en sesión legal, entró el rey don Jaime acompañado de sus oficiales. Sentóse en el trono, y después de haber saludado á los de la reunión, sacó un pergamino de su seno y lo entregó al canciller, quien previa orden del soberano, leyó en alta voz su contenido.

Era un acta del príncipe don Jaime, primogénito del rey, en la que renunciaba voluntariamente á la herencia y sucesión del reino.

Las cortes aceptaron la renuncia, y á propuesta del

monarca, fué proclamado heredero de la corona don Alfonso de Aragon, segundo-génito de don Jaime.

EPÍLOGO.

El infante don Alfonso casó poco tiempo después con la princesa de Castilla, prometida á su hermano.

Doña Dulce fué reconocida como esposa de don Jaime de Aragon, y á su prematura muerte logró una tumba en el panteón de la real familia.

El príncipe viudo desapareció del mundo, y hasta 1528 se ignoró su paradero. Entonces se supo había fallecido en un convento, á cuyos votos se sujetara seis años antes.

J. FERRANDIS.

ANÉCDOTAS MORALES.

LA FLOR EN EL OJAL.

Examinad la vida del justo, y en ella no encontréis mas que buenas obras.

Luis XVI, aquel rey cuyas previsiones fueron únicamente beneficios, se presentará en nuestra memoria con una flor en el ojal de su casaca; es el simbolo de su antigua bandera; su blancura es pura, y sin embargo no es la flor de lis. El filántropo monarca tuvo un particular orgullo en condecorarse con ella; descansa sobre su corazón; allí estaba perfectamente colocada; es la flor cuyo fruto estaba destinado en tiempo del hambre á alimentar al pueblo menesteroso.

Esta flor que el rey honraba, fué bien pronto del gusto de todos, y fué objeto de un verdadero entusiasmo, pues habiendo agradado á Luis, tuvo acceso en los palacios, cuando solo estaba dedicada á las mas humildes cabañas. María Antonieta se mandó hacer cierto día una corona de esta flor; esta corona adornó su frente mejor que la diadema de diamantes que ceñía en días solemnes; todos los cortesanos acogieron esta flor, y la sustituyeron, aunque momentáneamente, á la cruz de San Luis, y la señora de Polignac exclamó:

—No es ya la orden de Luis el Grande la que predomina en la corte, sino la orden de la patata.

Sí, con efecto, era la flor de la patata la que causaba todo este entusiasmo. Luis XVI se creía dichoso, por haber introducido en Francia este tubérculo terroso que debía llegar á ser el trigo del pobre: el rey se presentó en el teatro adornado con esta condecoración del bien público; á su lado se vió á un artesano de asperos modales; pero en cuya frente ancha y espaciosa estaba impresa la señal del verdadero genio, y que bajaba la cabeza como la espiga demasiado cargada de granos: este tal era Parmentier, era el sabio modesto, que ha propagado en las montañas, y en las chozas de los valles un beneficio de todos los días; es él quien ayudado de la inspiración de un rey, ha fertilizado los campos, y ha puesto sobre la mesa del trabajador, como en la del monarca, el manjar de la abundancia, el manjar del rico, el manjar del necesitado. Este hombre merece ser honrado, merece que aparezca en relieve en medio del egoísmo de las edades. Un buen rey y un

filántropo modesto se comprenden pronto; pero es necesario retroceder á otra época para que pueda mejor juzgarse la grandeza de su obra.

¡Luis XVI y Parmentier! ambos nombres han hecho resucitar la gratitud nacional, y sin embargo, cuántos individuos recolectan en sus campiñas la patata de las familias, y no saben todavía á qué mano deben su propagación! Este tubérculo, dió desde su introducción en Francia, á terrenos estériles la prosperidad de las materias y formó el pan del pobre.

La historia de la patata es una lección moral y que tenemos un gusto especial en referirla á nuestros lectores.

En la pequeña ciudad de Montdidier, había en 1794 un hombre cuya riqueza nadie ignoraba, pero los pobres llamaban á su opulencia *la fortuna maldita*; pues nunca habían visto en él el rasgo mas insignificante de caridad, y cuando alguna epidemia diezaba á los habitantes de las cabañas, el sudor del indigente, convertido en dinero se sumergía en el tesoro de su laboratorio. Este hombre era farmacéutico; su avaricia contaba las pulsaciones de los enfermos como las fracciones de su ganancia.

El boticario era sabio en química, y numerosos experimentos le habían grangeado una merecida reputación en su arte.

Una noche, un joven de unos doce años se presentó en el mostrador del boticario; su frente era cándida, y la palidez de su semblante revelaban su tristeza y su fatiga; sus ojos hinchados decían que había llorado mucho; sacó de su seno un papel doblado, y con mano temblorosa le puso en las del químico, diciendo:

—Esta es una receta para salvar á mi pobre madre que se muere, y es menester que pronto la socorrais.

Este joven se llamaba Antonio Parmentier.

—El remedio es eficaz, respondió, el boticario, pero hijo mío, este remedio cuesta un poco caro.... Si traes un Luis de oro....

—¡Un Luis!... ¡Ay! desde la muerte de mi padre, no hemos vuelto á ver el oro; mi pobre madre, vela y trabaja para subvenir á la diaria subsistencia, y yo.... no tengo mas que los sueldos de mi jornal.

—Los médicos son locos!... ¡Recetar tales remedios á los pobres!

—¡Ah! señor, ha dicho que esta poción curaría á mi madre.... y no ha exigido nada por la visita.

—Eso es distinto... En cuanto á mi yo no acostumbro á dar nada por nada

—Pues bien, exclamó el jóven juntando sus manos, tomad mi tiempo; yo valgo alguna cosa... Nosotros éramos ricos mientras vivía mi padre; yo sé escribir, llevar un libro de cuentas; he estudiado en esos libros, yo leeré en los de farmacia y en los de química; trabajaré de día y de noche en vuestro laboratorio; tomad mis días todo el tiempo que queráis, pero dadme pronto esa medicina que ha de salvar á mi madre. Se ha resignado á morir, y yo he acudido á vuestra casa lleno de esperanza.... tomadme á vuestro servicio; y no comeré mas que pan.

El en-nentro de semejante discípulo, sonrió la conciencia del avaro, y se hizo el trato. El jóven Antonio llevó en triunfo el brevage vital...; la madre volvió á la vida..., y él fué á encadenar la suya al servicio del boticario de Montdidier....

Mal alimentado, cansado del trabajo durante el día, Antonio velaba de noche al lado de los alambiques mientras que su amo dormía.

Sufrió sin quejarse, hasta que el boticario se vió bastante rico para mandarle descansar.... Entonces Antonio abrazó á su pobre madre, y partió para ir á buscar un porvenir en el inmenso movimiento de la capital.

El jóven Parmentier no habia malgastado el tiempo de sus vigiliias; el aprendiz de Montdidier se encontró en estado de solicitar un empleo; permaneció poco en Paris; la simple relacion de su vida le valió hallar protectores y bien pronto partió para el ejército de Hannover en calidad de ayuda-farmacéutico, y desde esta época pudo asegurar el descanso de su anciana madre.

Este jóven que ofrecia tan singular ejemplo de amor filial, fué en campaña la providencia de los heridos. Antonio Parmentier no esperaba á que el campo de batalla estuviese tranquilo para socorrer á los que caian, sino que en medio del fuego y de la metralla curaba á los mutilados, y por eso el soldado tenia hácia él una especie de idolatría.

Una mañana posterior á un combate, el ayuda-farmacéutico faltó á la lista, y se levantó un murmullo.

—Busquémosle, decian, donde hayan caido mas batallas, pues ese era siempre su puesto.

—Allí estaba, respondió un soldado de infantería herido, allí estaba conmigo.... y por mas que le dije: «Señor Antonio, tened cuidado» se ha obstinado en curar á los heridos; el enemigo viendo que al punto nos ponía en estado de volver á combatir, le ha cogido y se le ha llevado, porque yo no le pude defender con la mano que me quedaba.

Poco tiempo despues hubo una fiesta en el campo; Antonio vino á consecuencia de un cangeo de prisioneros que se hizo; cuatro veces pagó con su libertad, el arranque de una noble abnegacion, si bien siempre tornó á las filas de los suyos; pero la quinta vez no quiso volver; le detuvo en la tierra estrangera el lazo de la ciencia.

El jóven prisionero habia sido acogido por Mayer, uno de los mas hábiles quimicos de Alemania, pues este sábio abrió á la Europa una de las vias mas significativas del progreso.

Los tesoros del laboratorio de su maestro fueron explotados por Antonio con ardor, y en un año de estudio práctico, dió un gran paso en las combinaciones de la química. Un día el discípulo vió con admiracion, cerca del aparato del célebre Mayer un conjunto de tubérculos cuya aplicacion no acertaba á comprender, y se lo preguntó al profesor.

—Estas son patatas, respondió el docto quimico; comiéndolas ayer, he pensado que este tubérculo debia contener un principio espirituoso, y me he propuesto hacer un ensayo.

TOMO VII.

—¿Comer esto? preguntó Antonio haciendo un gesto de repugnancia; pero si este es el alimento que se da á los marranos.

—Pero en muchas partes de Alemania es el alimento de los hombres.

—¿Cómo, maestro Mayer!... ¿Ignorais que este tubérculo es muchas veces el origen de la lepra?

—Estais en un error, amigo mio; la patata originaria de Chile, fué importada á Oriente, donde recibió del sol una acritud pestilenciosa, y de aqui ha dimanado la falsa idea que existe de que la patata produce la lepra; pero cultivadla en un suelo que no sea ese, ocultando bien el fruto, y tendreis un alimento sano y abundante, pues una aranzada de tierra, que bien dispuesta da doce quintales de trigo, producirá doscientos quintales de patatas; y recordad que llegará un día en que su cultivo sea uno de los principales elementos de la agricultura.

Antonio quedó reflexivo y meditabundo, y al instante se despidió de Mayer para regresar á su patria.... Llevaba á Francia el tubérculo del pobre.

Parmentier tenia la conviccion científica de que iba á dotar su suelo natal de un beneficio nacional; pero rico de ideas, se habia quedado pobre de bienes, y no poseia mas que un poco de tierra para depositar en él el gérmen de la abundancia.

Animado de un deseo filantrópico llamó á las puertas de la Academia; el saber estacionario le recibió con desdeñosa sonrisa, y la introduccion de un convólulo venenoso fué unánimemente rechazada.

El jóven sábio se esforzó en probar su conviccion apoyada en los esperimentos verificados, pero fué considerada como un error pernicioso á la salud, ó como alucinacion quimica. Sin embargo, Antonio persistió y presentó una memoria al ministro de lo Interior; su trabajo ponía en relieve toda la nomenclatura de los tubérculos terrosos: el *apichu* de los peruanos, la *papas* de Chile, y la *patata* de los trópicos, servían de comprobante á sus demostraciones. El *apichu*, la *papas* y la *patata* fueron objetos sepultados en el olvido ministerial.

Parmentier atormentado por el deseo incesante de ser útil á la clase indigente, decia siempre:

—El pan del pobre está aqui!

Y sin embargo, el pobre sufría y Parmentier no era escuchado. Entonces varió de plan para lograr su objeto de economia politica.... Su carrera se designó, y obtuvo el empleo de farmacéutico del *hotel* de los Inválidos. Tomó con gusto posesion del jardinillo contiguo á su morada; arrancó los arbustos, removió el suelo, y bien pronto su campo contenía el gérmen en flor de la patata. En este momento dirigió sus miradas hácia el monarca, cuyo corazon era la tierra prometida del bien popular: Luis XVI y Parmentier se comprendieron.

El rey, despues de un instante de reflexion dijo al modesto sábio:

—Os concedo la llanura de los Arenales.

Este terreno, cuyas arenas jamás habian podido producir nada, fué vivificado por los gérmenes de la patata; los habitantes de Neuilly vieron con entusiasmo esta llanura inculta que producía á la sazón nuevas flores para ellos desconocidas; comprendieron luego lo que iba á producir y pensaron que un especulador se proponía la propagacion de este alimento para que engordara el ganado; pero Parmentier les repelia á cada momento, que aquel fruto seria la providencia de los años estériles; el pueblo se reía, y no obstante miraban la patata que se sacaba de aquel suelo.

Cuando Parmentier se hubo asegurado de la abundancia de la recoleccion, le llevó al rey las primicias.

—Es preciso, dijo Luis XVI, persuadir á los hombres, lisongeando sus debilidades; el amor propio no cede ja-

más ni aun á las grandes cosas. Ofrecidle gérmenes de patatas y los desechará; para propagar este fruto es menester ponerle una barrera.

Con efecto, colocaron centinelas en derredor de la llanura de los Arenales con rigurosas consignas para que ninguno se acercara durante el día, pero á la caída de la tarde se retiraban las guardias... Las previsiones del rey fueron exactas; era el fruto prohibido, y todo el mundo lo deseó. Todas las noches el indigente ó el agricultor hurtaba el tubérculo vedado... Esta mejora social germinó en el corazón de Luis XVI como un fruto encerrado en suelo vivificante, y bien pronto aumentó su solicitud.

La penuria de la hacienda, y el disgusto general que entonces atormentaba á la Francia, trajeron el temor del hambre, y por todas partes los mas graves talentos se ocuparon en buscar los medios de conjurarla. La Academia de Besancon tomó una iniciativa filantrópica, y propuso un premio para el que hallase

una sustancia harinosa propia para reemplazar al trigo.

Parmentier subió al aparato químico, é hizo el primer ensayo de la fécula de la patata, y entonces fué cuando Luis XVI se adornó con la flor benéfica que era para el pobre una promesa de abundancia.

El rey inauguró sobre su mesa el manjar del indigente, y al punto los mas ilustres caballeros siguieron el ejemplo del monarca; poco á poco fué el pueblo cesando en gemir de hambre, cuando la esterilidad ó las tormentas maltrataban los campos.

Las poblaciones cesaron de sufrir; pero olvidaron bien pronto, y cuando la cabeza de Luis XVI se vió amenazada, la multitud de los indigentes quedó fría... no se levantó para derribar el cadalso, y llevar en triunfo al príncipe, cuya mano habia suministrado el pan de la miseria... ¡una flor de patata hubiera debido bastar para enarbolar una bandera, y gritar contra los asesinos de Luis XVI!

M. de F. F.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

UN AÑO EN MADRID.



AGOSTO.

El felicísimo consulado de Augusto César, hizo que el senado romano diese el nombre de Agosto al octavo mes del año, que en tiempo de Rómulo solo tuvo 30 días, y aunque en el de Numa quedó reducido á 29, Julio César le añadió dos días de un golpe y quedó en 31; en cuya edad se ha plantado hasta mejor ocasión. El río Nilo tiene la humorada de empezar á crecer el día 1.º de este mes y baña con sus raudales las secas tierras de Egipto. El día 2 es aniversario de la gran batalla que dió Anibal á los romanos, en Cannas, el año 216 antes de Jesucristo; el día 3 se cuenta que Nabucodonosor, redujo á cenizas el templo de Salomon; el 4 de agosto de 1435, se dice que la campana de Vellilla anunció por sí sola el cautiverio del rey don Alfonso; y en fin, las efemérides de este mes, de las cuales no debe importar gran cosa á nuestros lectores, son de algun interés, para los aficionados á saber lo que pasó en tiempo de Mari Castañá. Esas gentes, de quienes Dios nos libre, saben que don Ramiro II, mató ochenta y tres mil moros en los campos de Simancas el día 6 de agosto; no ignoran que el día 13 de 1521 conquistó Hernán Cortés á Méjico; saben que don Fernando el Católico ganó el 18 la ciudad de Málaga con once mil moros que estaban de guarnición; se acuerdan de que el día 22 hace 329 años que Medina del Campo fué reducida á cenizas por seguir la causa de los comuneros; tienen muy presente que las armas españolas ganaron la ciudad de San Quintín el día 26 de agosto de 1557; y ahora que andamos á vueltas con los húngaros no hay quien ignore que el último día de este mes se cumplen 308 años de la toma de la ciudad de Buda por los turcos.

Si hablamos de aniversarios fúnebres á esas gentes que buscan lo que han de ser en lo que los demas han sido, nos dirán que el día 9 de agosto de 1215 murió en Toledo su arzobispo don Rodrigo Jimenez; el 10 nos recordarán el martirio de San Lorenzo; el 17

nos dirán que murió en Nola, César Augusto; el 21 se acordarán de la muerte alevosa que recibió Ataulfo en Barcelona; del célebre fray Luis de Leon nos dirán que el día 23 se cumplen 277 que bajó al sepulcro; que don Fruela, rey de Leon, fué asesinado traidoramente en Cangas el día 27, y últimamente, el día 28 nos darán á leer *Lo cierto por lo dudoso*, para decirnos que hace 214 años que murió el gran poeta Lope de Vega. Las mugeres eruditas y dadas á las efemérides suspirarán el día 20 acordándose del robo de las Sabinas que Rómulo hizo en igual día del año 752 antes de Jesucristo. Y algunas gentes de vista mas corta, nos tirarian á cada paso de la pluma para hacernos recordar alguna efeméride, menos remota, aunque no mas importante que las citadas en cada día del año; pero nosotros decimos á todo eso que lo que fué y no es, como sino hubiera sido. Bien están las historias en los libros y los libros en las bibliotecas. Nosotros no queremos turbar el reposo de los que se retiraron años há por no turbar el nuestro. Si el rey que rabió hizo mal, allá se las haya, y si hizo bien allá se las tenga. Nunca viene mejor aquello de que cada uno en su casa y Dios en la de todos, y puesto que nuestra vivienda es el presente, dejemos el pasado en los archivos, y el futuro en la cabeza de los profetas, oficio desacreditado y del que no entendemos una palabra siquiera. Reaumur tiene la oficiosidad de decirnos que estamos á 35 grados sobre cero, y aunque el *Diario de avisos*, se toma el trabajo de quitarnos dos grados de calor, nosotros sentimos las consecuencias de los 35, y nos reimos de los que dicen que en agosto frio en rostro.

Para sentir ese frio, es preciso madrugar, y eso ya lo hicimos el mes anterior. Ahora hemos mudado de propósito, y aunque pensamos hacer alguna madrugada, será para *veranear* unos cuantos días por los alrededores de Madrid. Dirá el lector que eso es faltar á lo que nos habíamos propuesto, y que no pasamos *un año en Madrid* como habíamos ofrecido, pero no hay contrato que no tenga dos partes, y si el lector no hubiese roto la suya, á buen seguro que nosotros dejásemos de cumplir la nuestra. Dijimos en el artículo anterior que nos habíamos quedado sin auditorio, y justo es que queramos buscarle á todo trance. No iremos, sin embargo, á las

playas de San Sebastian y Deva á hacernos oír por fuerza, de los que allí se defienden de los calores de la estación, sino que nos limitaremos á ir y venir de los Carabanchelos á los Madriles, y á Pozuelo, y á Leganés y á Villaviciosa, y tal vez al Escorial, y acaso, acaso lleguemos hasta el real sitio de San Ildefonso. La iluminación de los jardines y la corrida de las fuentes no son acontecimientos tan extraordinarios que le saquen á uno de sus casillas; pero tales cosas puede haber en la Granja que vayamos allá sin pensarlo ni saberlo!

Pero Madrid es antes que todo, y mientras haya gente por poca que sea, que el día 1.º de agosto visité la iglesia de San Francisco, para ganar el jubileo de la Porciuncula, allí estaremos nosotros á rezar una salve á la virgen de los Angeles, á pasearnos entre los tiestos de albahaca y las cestas de flores, y á comprar unas rosquillas, para que no se diga que dejamos de ganar el jubileo por ningún lado. Lo propio haremos el día 7 con el glorioso San Cayetano, padre de la Providencia, si quiera nos digan que adoramos al santo por la peana. Y si el lector quiere saber que peana es esa, espere al año próximo y vaya á la calle de Embajadores, donde encontrará reunidos los restos dispersos de aquellas manolas, que caracterizaron un tiempo al pueblo de Madrid con sus costumbres y sus trages, y hoy han tenido la prudencia de suavizar las unas y condenar los otros al olvido. La concurrencia que invade el día 7 de agosto el magnifico templo de San Cayetano, aun sirve para ahorrar á los extranjeros de buscar las manolas en las estampas del tiempo de Moratin.

Igual estudio de nuestras antiguas costumbres puede hacerse la noche del 9 y la madrugada del 10 en los alrededores de la parroquia de San Lorenzo; y acudiendo á las monjas de San Plácido el 16 para tomar un panecillo bendito y pedir á San Roque que nos libre de la peste, habremos cumplido con los santos mas notables del mes. Pertenece al estado honesto y no tenemos necesidad ir el día 31 á comprar una estampa de San Ramon Nonnato en algun convento de mercenarios, para que no se malogre el primogénito de la familia. Por igual motivo no tenemos nada que pedir á San José Calasanz el día 27, porque claro es que no teniendo hijos, nos ahorramos de recomendar su educacion al patron de las Escuelas Pias. Y en cuanto á los otros santos del mes, ya sabemos que el día 4 de agosto se enseña la pila donde se bautizó Santo Domingo de Guzman, y si nos viésemos atacados de calentura iríamos á pedir una pastilla del barro del santo pozo, que tiene virtudes anti-febrifugas.

Después de esos devotos aniversarios nos queda libre el resto del mes, y podríamos salir á tomar aires por esos pueblos de los alrededores de la corte sin peligro de que nos hiciese sombra un solo árbol. Pero un acontecimiento extraordinario nos obliga á pasar en Madrid el día 15. Nuestros lectores sabrán que se ha reproducido ese día el gran espectáculo que se inauguró el 17 de mayo del presente año, y no extrañarán que los llevemos por segunda y última vez á la Plaza de los toros. Una hiena que habia desafiado á dos alanos; un leon que venia del Africa á luchar cuerpo á cuerpo con un toro, y una pantera que tenia aplazado un duelo á muerte con un caballo, esas eran las tres partes de la gran lucha de fieras ofrecida. El público habia olvidado ya el chasco del famoso tigre real de Bengala, y á prorrata dió á los empresarios *catorce mil duros*.

A las cinco y media de la tarde, la plaza de toros ofrecia un cuadro magnifico é imponente. Llenas todas las localidades, se habian colocado dos mil sesenta sillas en derredor de la gran jaula dispuesta para la lucha, y no habia un solo asiento vacío. Los alrededores de la plaza estaban llenos de curiosos que esperaban saber por telégrafo el resultado del combate, y los que habian

apostado en pró ó en contra de tal ó cual fiera veian llegada la hora de ganar ó perder aquel lote.

La hiena fué la primera que se dejó morder impunemente por los perros, protestando de una manera inequívoca que no era fiera ni habia pensado en serlo nunca. Retiráronla de la escena mordida y ensangrentada, y salió en medio de la arena un toro, natural de Coria del Rio, de hermosa estampa, de muchas libras, colorado y bragado en blanco, llamado *Caramelo*. A primeras de cambio quiso abrirse paso rompiendo los hierros de la jaula; cosa que hubiera conseguido fácilmente á no acordarse de que le habia retado un leon y de que su fuga podria tacharse de cobardia. *Julio*, que así se llamaba el leon, se presentó en la plaza cautivando con su hermosura á los espectadores, y saltó encima de Caramelo; pero éste le sacudió un par de coces y lo recogió sin dignarse clavarle el asta. Rodó el leon por la arena y se levantó asustado, huyendo cada vez que el toro se le acercaba. Así pasaron media hora, hasta que en cumplimiento de lo anunciado en el cartel, vino de refuerzo un tigre jóven y hermoso, que tendido en el suelo y arastrándose con traidora intencion, quiso saltar varias veces sobre el toro; pero éste se volvía citándole de frente, y el tigre, que no habia aprendido semejante manera de combatir en los estatutos de su familia, huía y esperaba ocasion de acometer por la espalda.

Largo rato estuvieron los tres artistas mirándose reciprocamente y ya el público no veia á ninguno de los tres. Ni á la autoridad ni á los empresarios, les habia ocurrido ponerse de acuerdo con el sol, para que no se retirara hasta ver en que paraba la lucha, y hubo que darla por terminada. Verdad es que si el público dice, como ha dicho, que si hubiesen empezado mas temprano habria sobrado tiempo para el combate de la pantera y el caballo, tambien podrá replicar la empresa que el cartel decia (si el tiempo lo permite) y el tiempo... no lo permitió.

Con semejante acontecimiento, no quedaron muy satisfechos los espectadores; pero se retiraron á sus casas, dejando la jaula convertida en una arca de Noé. A última hora mandó la autoridad echar perros de presa y cinco cabestros, y fué preciso dejarlos á todos en pacifica sociedad hasta mejor ocasion. Algunos mal intencionados rompieron las sillas incendiando algunas y arrojando otras dentro de la jaula, y así acabó la gran lucha de fieras. La autoridad tomó despues disposiciones, multando á los empresarios en favor de las casas de beneficencia, y en la prensa periódica y en los cafés se ha discutido mucho sobre el particular. Afortunadamente el resultado de los dos espectáculos de esa especie verificados en Madrid impedirán que se aclimate una diversion, que nos hace retroceder muchos siglos: que ataca á la moral y á la civilizacion y que familiariza á las gentes con escenas de sangre que tanto influyen en la estadística criminal.

El público ha hecho cargos á la empresa del espectáculo porque las fieras no lucharon, y en esto creemos que ha sido injusto; en lo que andaria acertado seria en decir que no hubo fieras. Los empresarios no podian responder de que las fieras luchasen; pero no debian de haber anunciado como lucha de fieras, lo que solo ha sido una simple esposicion de animales; degenerados, porque desde pequeños los han debilitado las fuerzas, los han hecho perder sus instintos y han entumecido sus miembros encerrándolos por espacio de dos ó tres años en una jaula. ¿Qué debia esperarse de un leon que viaja por todo el mundo con el domador, que come con él, y que obedece cuando se oye llamar *Julio*? Que cayese sobre los lomos del toro sin accion si quiera para sacar las garras.

Pero dejemos ese asunto, confiados en que las luchas de fieras no han de figurar nunca en el catálogo

de nuestras diversiones públicas, y emprendamos la ruta hacia los Carabancheles, en cumplimiento de lo ofrecido. A pie, á caballo, en la diligencia que va y viene á todas las horas del día, de cualquier manera podemos hacer el viage. La distancia es corta, y aunque sea en coche puede uno correrla sin cansarse. El carruaje sale de la Plaza Mayor, y á las tres de la tarde es buena hora de hacer la expedición, siquiera por la buena calidad de los compañeros de viage. No hay mas que un asiento desocupado; y es precisamente el que nos hace falta; los demás están abonados por toda la temporada del verano. Las mulas no quieren hacerse esperar, y á las tres menos cuarto se han dejado uncin al coche. Los viajeros son diariamente los mismos.

Un hombre gordo que tiene permiso de su gefe para salir de la oficina á las dos y media de la tarde, viene jadeando, con un pañuelo lleno de fruta; son los postres que lleva para comer con su muger y sus hijos que los mandó á tomar aires á Carabanchel de Abajo. Preguntadle por qué lleva fruta, y os dirá que es lo único que falta en el pueblo; la carne la mandó por la mañana, y al instalar allí á su familia, sacó de Madrid arroz, garbanzos, chorizos, aceite, chocolate y otra porción de artículos por mayor. En cambio, las verduras, las ven pasar por allí á las gentes que las traen á vender á Madrid; caza no les falta si la compran en la plazuela de Herradores, y en cuanto á pescado fresco, allí mismo se vende un escabeche exquisito, capaz por sí solo de acabar con todas las salinas de España.

Los demás compañeros de viage, son tan empleados, aunque no tan gordos como el primero, á escepcion de dos señoras que vienen diariamente á la corte á bañarse. Llegado el coche al primero de los Carabancheles, quedan allí los que no siguen su ruta hasta Carabanchel de Arriba, y en ambos puntos salen las familias de los viajeros á recibirlos. Adivinando quizás las interpelaciones de aquellas, nuestros compañeros de viage han procurado aprovechar la media hora que hemos pasado juntos, en averiguar quien es el que hace de víctima ocupando el único asiento alquilado del carruaje. El primer cuidado de todos ellos, es manifestarnos que son parroquianos diarios de aquel elemento, llamando al conductor por su nombre, y diciéndole que avive á las mulas, porque han salido dos minutos mas tarde que el día anterior. Luego el empleado gordo se dirige á nosotros y dice:—Corre viento, me parece que no hemos de tener mucho calor en el camino.—El silencio que guardamos le obliga á ser mas comunicativo, y nos pregunta:—¿Es la primera vez que viene vd. al pueblo?—No señor.—Tendrá vd. aqui su familia...—No señor.—Digan lo que quieran, se siente menos el calor que en Madrid, porque teniendo cuidado de no andar por las calles á las horas del sol....

El pobre hombre agota todo su talento en averiguar quien es el nuevo compañero de viage, y cuando salta en tierra en brazos de su familia, y le pregunta su esposa:—¿Quién es ese caballero? contesta:—No lo sé; pero debe de ser algun inglés, porque no he podido sacarle una palabra del cuerpo.—Porque eres un torpe, dice la esposa del empleado; todos los que viajan contigo, son mudos.... ¡Ya se ve, sacas unas conversaciones tan raras!.... Le hablarías del gefe de la oficina, y de otras tonterías por el estilo, y esa no es manera de hacer hablar á nadie.

La vida de los que van á tomar aires á Carabanchel, se reduce á dar un paseo por la mañana, encerrándose en casa á las ocho hasta las seis de la tarde; porque como no hay sombra ni árboles de donde venga, es preciso huir de algun modo los rayos del sol. Por las tardes pasean por el camino de Madrid, á ver entre el polvo que levantan los carruages las gentes que van y vienen; entran luego á refrescar en la alojería; asis-

ten al teatro, si hubiere compañía, que no todos los veranos se da tanta dicha y punto concluido. A todo eso los hombres suelen sentir el mismo calor que en la corte, si bien en cambio se aburren algo mas; pero las mugeres ocupadas en discurrir moños y galas para eclipsarse mutuamente en el paseo y en el teatro, no saben si hace calor ó frio.

En Leganés, en Pozuelo, en Villaviciosa y en otros puntos donde se acuartela en verano una gran parte de la población de Madrid, pasa poco mas ó menos lo mismo que en Carabanchel, modificado algun tanto en razon á la distancia de la corte. Es decir, que cuanto mas apartado mejor vida se hace. Todos tienen faetones y tartanas que traen y llevan pasajeros y vive-res; en todos ellos el paseo que conduce á la corte es el mas concurrido, y en ninguno se hace la vida del campo tan decantada y tan apetecida. No falta nunca una familia á quien engañar para que con pretexto de tener piano en su casa, dé bailes los días de fiesta; y esto que será muy bueno, pero que ninguna persona prudente lo hace dos años seguidos, divierte á todos menos al amo de la casa. El ha dicho al dar el *exequatur* que la reunion ha de ser de confianza, y es el primero á dar el ejemplo, recibiendo á los convidados en traje de casa. Su muger y sus hijas, si ambas cosas tiene, le reprenden y le censuran; pero él las amenaza con retirar su palabra, y las mugeres por no perder un baile suelen resignarse á todo. Nuestros lectores habrán asistido á muchas de esas reuniones; pero no será del todo inútil que nosotros les copiemos una de ellas que presenciemos poco ha.

Figúrense vds. que el amo de la casa es un magistrado cesante, ó cosa por el estilo, que en estos tiempos hay mil medios de ser cesante sin haber sido nunca magistrado. Ha alquilado una gran casa, ó mejor dicho una casa grande, para la temporada del verano; tiene dos hijas jóvenes que tocan el piano, y en su casa es el baile todos los domingos y fiestas de guardar. El magistrado ha dicho terminantemente que no quiere etiquetas, y que la reunion ha de ser de confianza, y bajo estas bases suelta las riendas de la casa en manos de su esposa. La primera disposición del nuevo ministro irresponsable es mandar un propio á Madrid para que alguien una calea y traiga un afinador de pianos; otro para que compre azucarillos, bizcochos y limones, y un aviso á todos los vecinos del pueblo para que lleven á su casa las flores de sus jardines. Eso es por lo que hace á las disposiciones públicas; pero en secreto le entrega al propio una carta para una amiga íntima, rogándola que la envíe cintas, adornos de cabeza, cuellos de encaje, y otras frioleras de última moda. Vuelven los emisarios, se afiná el piano, se colocan los ramos de flores en la sala, y regañan al paleto porque se olvidó de traer unas bujías, que no le habian encargado. Pero todo lo suple una buena caballería, y vuelve el propio á la corte en busca de luces, y al pueblo con ellas. Llega la hora del baile que no es al anochecer como previno el amo de la casa, sino á las diez, y el magistrado juega al tresillo con el cura y el escribano en un gabinete, interin su esposa y sus hijas reciben á los convidados. Las señoras vienen prendidas y almidonadas como si fueran á un baile en la corte, y la que ha tenido la dicha de presentarse mas elegante que las otras, las oye decir, que no han querido vestirse, porque en un pueblo lo que se busca es franqueza y confianza. Unas á otras se examinan y se observan como si trataran de embestirse, y se desahogan murmurando unas de otras con el caballero no menos almidonado, que las sirve de pareja en el baile.

Las de la casa son el blanco general de todas las conversaciones: si están muy amables, dicen que el padre da los bailes para negociar marido á sus hijas; si están

sérias, que se dan importancia porque tienen piano y casa grande; si sirven limonada y bizcochos que parece un visiton del siglo XVIII; si no dan nada, que para dar un baile á palo seco valdria mas reunirse en medio del campo; si bailan dicen que los caballeros las honran porque son las hijas de la casa, que de otro modo nadie se acercaria á saludarlas porque son feas y por añadidura tontas. Y en esto ultimo dicen que tienen á quien parecerse, y la toman con la madre y con el padre, y con toda la familia, y no cesan de murmurar hasta las tres de la madrugada; hora en que se acaba el baile, y vuelven los besos de Judas, y cada cual se retira á su casa. Ultimamente, á la media docena de bailes ya ha tenido ocasion el magistrado de regañar con todas las

familias del pueblo; y vuelve á la vida sosegada y tranquila que debió haber hecho desde un principio.

Otra de las expediciones que entretienen la sed de viajar de los que no pudieron dar con sus huesos en las provincias Vascongadas ó en Francia, es la llamada de los *reales sitios*, y consiste en pasar un dia en el Escorial, dos en la Granja y uno en Segovia. Esa romería, como viaje mas largo, tiene ya otros accidentes que llamamos por demasiado sabidos, y porque, francamente, á pesar de lo que dijimos al empezar este artículo, no nos sentimos con fuerzas para traspasar los limites de la provincia de Madrid. Por otra parte, la estancia de la corte en el real Sitio de San Ildefonso, hace que aquello sea ni mas ni menos que un pequeño Madrid; donde



VISTA DE MADRID POR FUERA DE LA PUERTA DE ATOCHA.

la aristocracia vive apiñada en malas posadas, pagando sesenta reales diarios por un aposento que vale dos, y haciendo una vida que podrá ser muy agradable, pero que de todo tiene menos de las condiciones de la vida del campo. La libertad en los caballeros no pasa de los hombros; se reduce á llevar algo floja la corbata, y á gastar sombrero de ala ancha. Las señoras vislen ni mas ni menos que en Madrid, aunque se adornan mas, porque están seguras de no pasar desapercibidas.

La vida de los que se estacionan en el Escorial, es mucho mas animada y divertida. Tiene casi todas las condiciones de la vida del campo, y no se resiente tanto como la de otros puntos, de esa etiqueta impropia y ridicula á que se condenan todos sin ser del agrado de ninguno. En ese sitio no se carece de ninguna de las co-

modidades de la corte; y el clima, el sistema de vida y el trato de las gentes, que un año y otro buscan allí un asilo contra los rigores del verano, proporcionan una vida alegre y deliciosa, cuyos dias amanecen en la silla de Felipe II, continúan en los magníficos claustros del monasterio, y espiran en los jardines del mismo. En aquellos jardines, que podrán ser mejores ó peores, pero que á nosotros nos traen tan gratos recuerdos á la memoria, que no podemos seguir escribiendo este artículo. Nos seria preciso empezar de nuevo, y ni lo permiten las dimensiones de esta Revista ni lo que habríamos de decir pertenece en manera alguna á los lectores. Está bien en las hojas de nuestra cartera y no lo hémus de arrancar de allí por nada ni por nadie.

ANTONIO FLORES.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

JULIAN ROMERO.

Indudablemente fué este personage uno de los maestros de campo mas bizarros y mas entendidos de su tiempo. Con hombres de su temple y experiencia á la cabeza de los tercios españoles, fácilmente se llevaba

á cabo y feliz término las jornadas mas árduas y las empresas mas arriesgadas. La fortuna sin embargo, le miró siempre con semblante asaz airado, así es que sus grandes servicios rara vez eran premiados con arreglo á justicia. Era Julian Romero uno de esos soldados del siglo XVI en quienes se hallaba personificado el valor, la constancia y el sufrimiento. Sirviendo en esta clase y en unos tiempos en que la ambicion de gloria arras-

traba á todos á acometer empresas casi fabulosas, logró darse á conocer en todo el ejército de tal manera, que algunos años despues, cuando ya era capitán de infantería, informando un general acerca de las buenas prendas que concurrían en Romero, decía entre otras cosas: «á este Julian le conozco desde que arrastraba una pica como soldado en los tercios que con tanta honra de Dios y de V. M. pelearon á mis órdenes: es hombre de gran aliento, y valeroso, y persona en quien no cabe otro amor que el de V. M. y el de sus soldados. Tuvieran muchos como él nuestros enemigos, que hartos caras habian de ser las victorias que alcanzásemos de ellos.» Estos elogios que merecia en los primeros años de su carrera, hacían suponer que aquel jóven estaba llamado para desempeñar grandes cargos en la milicia. Eran sin embargo lentos sus ascensos, como que en la clase de capitán, sirvió diez y ocho años; pero nunca demostró disgusto por ello, antes al contrario, era tal el amor con que servía que los ratos que otros dedicaban á la holganza, ó al recreo, los empleaba él en ir adiestrando á sus soldados en el modo de escalar las murallas y de escaramuzar con ventaja sobre el enemigo. En la memorable batalla de San Quintín fué herido en una pierna, de cuyas resultas quedó cojo.

Al empezar las guerras en Flandes acudió el primer Julian á solicitar del duque de Alba, que le llevase en su compañía, á lo que le respondió el general que con gran sentimiento suyo le anunciaba que no podría complacerle, pues el rey se había negado á ello diciendo que le necesitaba cerca de su persona. Sintiólo sobremanera Julian Romero, pero no desconfió de salir con su intento. Tres años despues recibió el duque de Medinaceli una orden de S. M. para sustituir al de Alba en el gobierno de aquellos países; y como si adivinase los deseos de Romero, la primera gracia que pidió al rey antes de marchar fué que le acompañase Julian «á quien se le veía consumir de melancolias, por que no alcanzaba á oler la pólvora de Flandes.» Habiendo accedido el rey á esta segunda petición, escribió el duque á Romero señalándole el día que debía presentarse en Laredo, donde ya le estaría aguardando. Era ya nuestro capitán, nada menos que maestro de campo: al recibir la orden del duque, la comunicó á su tercio, y desde aquel instante se ocuparon en la marcha, que emprendieron el día siguiente. Llegaron á Laredo el mismo día que había señalado el duque; pero segun el cálculo de éste con algunas horas de atraso, por lo que sin tomar en cuenta que solo le había señalado día y no hora, le recibió con alguna frialdad. Embarcáronse sin demora: la armada del duque se componía de cincuenta y cuatro navios: toda la infantería iba á cargo de Julian. Al llegar á Flandes dió á conocer en los primeros choques las ganas con que venia de pelear, y de tal modo se portó en una ocasion, que Medinaceli escribió al rey una carta, en la que decía: «Los enemigos han recibido muy buenas manos el día que acometieron á entrar en Mons, y la noche de la encamizada, á lo cual asistió el maestro de campo Julian, y puso las marcas de manera, que cierto V. M. tiene en él un maravilloso soldado y gran ejecutor de la guerra; tal que si me hiciese esperar otra vez en Laredo, no digo horas, sino diez años, se lo perdonaría y partiría con él mi capa.»

Mandaba el sitio de Harlem don Fadrique de Toledo, hijo mayor del duque de Alba, á cuyas órdenes servía el tercio de Sicilia, del cual era Julian maestro de campo. En las varias escaramuzas que se tuvieron con los rebeldes, un arcabuzazo le hizo saltar el ojo derecho; pero no fueron bastantes los ruegos de don Fadrique á hacerle apartar de campo, pues juró morir en él antes que abandonarle sin tomar la plaza. Tomóse por fin, y vengóse sobradamente de la pérdida

del ojo, haciendo tales hazañas, que enterado el rey, le honró con la alta distincion de escribirle directamente, manifestándole lo complacido y satisfecho que se hallaba de su persona, «de la que sabia dar tan buena cuenta en todas ocasiones»

A los pocos dias, una bala de artillería le llevó el brazo izquierdo, y le dejó sordo de un oído. Con el vendaje todavía que le daba vueltas por todo el cuerpo, salió á campaña, y rindió á San Jerardique, Esquelpevig y otros puntos. La única vez que fué vencido, podrá servir de saludable lección á los generales en jefe de los ejércitos. El comendador mayor de Castilla, que mandaba ya los de Flandes, nombró á Julian para que saliese á la mar con una armada: con sorpresa oyó la orden de su general; pero acostumbrado á obedecer, cerró los labios y pasó á bordo de un navio, que con otros siete, se hicieron á la vela, enderezando su rumbo hacia Mildemburg, que se hallaba en gran aprieto por el sitio que le tenían puesto los rebeldes. Todavía á la vista de la playa en donde se embarcó, salió al encuentro una armada de los enemigos compuesta de mayor número de buques, y contruidos de una manera particular, que les daba cierta superioridad sobre los de Romero. Tratóse un desigual y sangriento combate: siete buques llevábamos ya perdidos, cuando abriéndose el suyo, sumergiéndose en las aguas arrastrando á amigos y enemigos, pues ya estos habían entrado al abordaje. En tal aprieto, asíóse Julian á un madero, y afortunadamente las oleadas le fueron arrojando á la playa, donde estaba el comendador, que al reconocerle le recibió en sus brazos, con gran pecho y valor. El desventurado Romero solo abrió los labios para decirle: «vuestra escelencia bien sabia que yo no era marinero, sino infante; no me entregue, pues, mas armadas, porque si ciento me diere, es de temer que las pierda todas.»

En esta lamentable derrota fué herido gravemente en una pierna, que le amputaron algunos dias despues por la rodilla: tampoco la falta de este miembro le hizo desmayar un punto en su honrosa carrera, pero lamentábase del olvido en que le tenía S. M. pues el estar casi siempre á media paga, le impedía proporcionar socorros á su familia, que no contaba con otro recurso; no así mismo otros á quienes el rey había concedido pensiones en Italia. Esta indiferencia con que eran mirados sus servicios aburría á Julian; pero no le apartaba de sus deberes, ni disminuía su acendrado amor á la carrera. Unicamente mostraba deseos de retirarse de ella cuando el favor ó la fortuna elevaba sobre él algun sugeto de mediana capacidad y vulgares conocimientos. Como desgraciadamente ocurría esto con frecuencia, aburriose una vez, y escribió al comendador mayor diciéndole que ya en varias ocasiones le tenía dicho que no queria ser maestro de campo, y que sin embargo en la reformation que había hecho de la infantería, le nombraba para un tercio de muy pocas banderas, como si fuera maestro de campo nuevo «nunca Dios quiera, añadia, que pueda decir Francisco de Valdés, que no ha ocho años que es capitán, ni don Hernando de Toledo, que cuando él nació lo era yo, que hayamos de vivir agora á las parejas en cargos y en compañías; de manera, que por aquí, se ve ó se entiende, que ellos han servido mejor que yo cuando en un tilde no me han aventajado, y pues yo no lo soy con mis años de soldadesca, y servicios acuestas, quiero desengañarme de una vez, y decir á V. E. que no lo seré, porque no cumple á mi honra. Si V. E. me conociera, no me apretara agora tanto; pero ya veo lo poco que puedo con V. E. y en lo que me tiene, pues entienda que aunque soy pobre y no tengo árbol á que arimarme, sino el de Dios, que tengo pecho para ponello á todo lo que me pudiere venir en este mundo,

«y aun en el otro si me aprietan.» Promesas y buenas palabras obtuvo solo por contestacion; pero como el comendador mayor le añadiese que el rey tomaria en cuenta sus servicios, á lo cual se comprometia bajo su palabra, siguió al frente de su tercio, á pesar de hallarse su persona tan estropeada que era mirado en todas partes como un objeto curioso. La singularidad de faltarle un brazo, un ojo, una pierna y ser sordo de un oído, daba margen á mil dichos entre los soldados, que no le amaban mucho por la estrecha disciplina en que les tenia. Una vez se le amotinaron por falta de pagas, y como tratase de hacerles entrar en obediencia, se atrevieron á proferir algunas espresiones alusivas á su persona, la cual decian los soldados, era á medias. Al oír esto dió una fuerte patada en el suelo y dijo: «Mandaré pasar por las picas al que me resuelle; han de saber vds., ¡vive Cristo! que tengo todavía entero el corazon.» Dijo un día en tono de broma el comendador: «Mucho me place veros, Julian, aunque bien quisiera que fuese de otra manera.—¿Quiere decir V. E. que no me vé por entero?—No quiero decir tanto, repuso el comendador.—Es que ya sabe V. E. que en todo voy á medias, hasta en las pagas.» Rióse de la ocurrencia el general, y como le asegurase que el rey resolveria pronto en lo de la pension que solicitaba, contestóle de pronto: «No se canse V. E., á mí solo me llegan por entero las negativas.» Enseñóle entonces el comendador un pliego que acababa de recibir de S. M. el cual decia así. «El rey.—Maestro de campo, Julian Romero.—Yo estoy tan satisfecho de lo bien que siempre me habeis servido, y señaladamente en las ocasiones que se han ofrecido en esos estados, que entendiendo de cuanto provecho será vuestra residencia en ellos, os encargo mucho que por ahora no trateis de hacer mudanza de ahí, sino que os quedeis á mi servir, cerca de la persona del comendador mayor de Castilla, con la voluntad y diligencia que hasta aquí lo habeis hecho, y él terna con vuestra persona la cuenta que su razon, y yo la memoria que vuestros servicios merecen. De Madrid etc.» No eran necesarios muchos esfuerzos para retenerle en el servicio, así pues, esta carta satisfactoria bastó para que con alegre semblante y lleno de esperanzas halagüeñas, acometiese nuevas empresas, en las que siempre salió victorioso; pero su mala estrella le arrebató un hijo á quien amaba con delirio por las buenas muestras

que habia dado de su persona en algunos lances peligrosos. Por fin, doliéndose el rey de tantos trabajos, mandó que á una hija que tenia Julian en edad de tomar estado, se le señalasen dos mil doscientos escudos de dote, y se la buscase un marido correspondiente á su clase. Con grandes muestras de alegría recibió esta nueva, pues como padre cariñoso, le afligia la situacion de su hija, que habria de quedar abandonada el día que él falleciese.

Iba tocando á su término el año de 1576, cuando hallándose cerca de Amberes, llegó á su noticia la traicion empleada por el conde de Hebrestayn para entregar la ciudad á los enemigos, y sin mas demora corrió á unirse á Sancho Dávila, gobernador de la ciudadela. Convenidos en el modo de dar el asalto, despues de hacer oracion, como era costumbre entre los españoles, dióse la señal y escalaron los muros, siendo Julian uno de los primeros que entraron en la plaza, que fué ganada palmo á palmo.

Una grave dolencia aquejó su salud á los pocos días, y postrado en su lecho de muerte la esperó con entereza, y mostrando deseos de significar su última voluntad, hizo llamar á un confesor, y le previno, entre otras cosas, que su espada se entregase al instante al soldado mas valiente del tercio que por tantos años habia mandado; sin embargo, daba todavía algunas esperanzas de vida, y su postrer deseo se demoró hasta despues de ocurrido su fallecimiento, que tuvo lugar á principios de 1577.

Muchos años duró su memoria en el ejército: echaban de menos aquel campeon infatigable que en tantas y tantas facciones de guerra habia orlado su frente con el laurel de la victoria. Aunque era maestro de campo le llamaban el capitán Julian, por lo mucho que se habia dado á conocer cuando servia en esta clase; y no mostraba enojo, por cierto, aun cuando se oyese llamar así por sus mismos soldados; acaso se creia bien librado con ese nombre que le preservaba de otro mote, pues raro era el gefe á quien los soldados no bautizaban con alguno. La historia hace mencion alguna que otra vez del nombre de este personaje; y nosotros hemos querido repetirlo, siquiera por la buena memoria que ha dejado de sus hechos el valiente cuanto infortunado Julian Romero.

HISTORIA NATURAL.

EL GRAN MASTODONTE.



El gran mastodonte (*mastodon maximus*). Este animal sobrepujaba en la estatura á los mas grandes elefantes de la India, y sin embargo se parece bastante á ellos. Su trompa y sus colmillos eran absolutamente parecidas, y no obstante Mr. Peale, el primero que ha restaurado el esqueleto de un mastodonte, pretende que sus colmillos estaban colocados en sentido contrario, es decir las puntas mirando á tierra y no al cielo.

Pero esta no es la opinion de Mr. Cuvier; mas de cualquier modo que sea, este animal gigantesco tenia el cuerpo mas macizo, por decirlo así, que el elefante comun, aun cuando el vientre mas delgado; sus piernas eran mas gruesas y su cabeza un poco mas ancha. Como habitaba la América Septentrional estaba cubierto de pelos bastante largos, especialmente en las piernas y en las orejas. Habitaba los bosques y se alimentaba

algunas veces de yerbas, de los frutos de los árboles, pero preferia las raíces y los tallos carnosos de los vegetales; por eso es fama que se complacia en habitar en las orillas de los rios y de los mares, aunque nunca se los vió en el agua.

Muchos periódicos extranjeros han anunciado en varias ocasiones, que se habia descubierto un mastodonte vivo en los vastos bosques de los desiertos de la América, pero estos hechos, nunca se han visto confirmados. Sin embargo, parece probable que este animal es uno de los últimos que han desaparecido de la superficie de la tierra, pues los salvajes que le nombraban el *padre de los bueyes*, le incluyen en muchas de sus tradiciones, y aparece figurando hasta en una de sus mas antiguas canciones nacionales. Cuando el gran Manitu bajó á la tierra, dice la cancion, para ver si los seres que habia creado eran dichosos, preguntó á todos los animales. El bisonte le respondió, que él se encontraba contento con su suerte en las inmensas sabanas cuya yerba le producía para meterla en su vientre, si no tuviera incesantemente los ojos vueltos hacia la

montaña para ver al *padre de los bueyes*, bajar enfurecido para devorarlo á él y á los suyos.

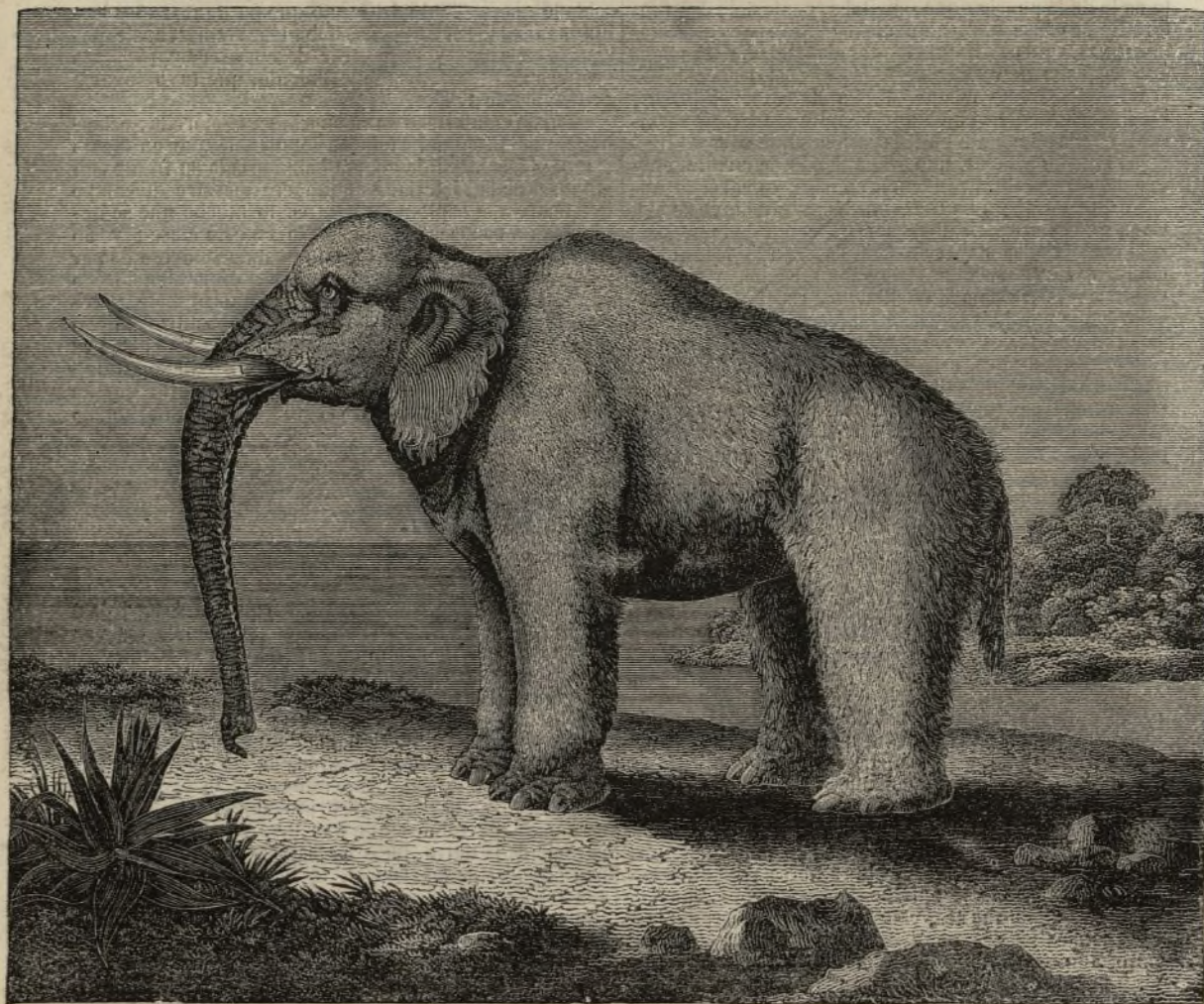
La teología salvaje; tambien hace mencion del gran mastodonte. Por ejemplo, en Virginia refieren los indigenas que una manada de *padres de los bueyes*, bajó un dia de las montañas, é hizo tal carniceria de búfalos y otros animales, con los que el gran espíritu había poblado los bosques para el uso de los indios, que Manitu irritado cogió sus rayos y los abrasó á todos, menos á uno que era el macho mas grueso, que conducia á la manada: presentaba su cabeza á los rayos, y á medida que iban cayendo los sacudia sin experimentar el menor daño; mas últimamente recibió una herida y emprendió su fuga hácia la parte de los lagos, donde se encuentra todavia.

Los salvages chawaneses pretenden que en otro tiempo vivian en el pais, con los mastodontes y gigantes tan terribles como ellos, pero que el gran espíritu los abrasó á todos con sus rayos.

En todo tiempo se han encontrado osamentas con partes agregantes aun reconocidas. Los salvages que vieron cinco esqueletos, segun Mr. Barton, refieren que una

de las cabezas tenia todavia «una nariz ancha (indudablemente la trompa) debajo de la cual estaba la boca.» Kalm hablando de otro grande esqueleto, encontrado por los salvages en el pais de los llineses dice que «la forma de la geta, se conocia perfectamente aunque la mitad estaba descompuesta.» Algunas veces se han hallado estos fragmentos entre las rocas y entre conchas marinas, y varias de estas hasta aparecian incrustadas en los huesos de este animal; pero mas á menudo se encuentran en las orillas de los rios y de los mares, y á veces enterrados á cinco ó seis pies de profundidad.

Aquel periodo vió tambien aparecer otras especies de mastodontes. El de el diente *estrecho* (*mastodon angustidens*) en casi todas las partes de Europa. Era una tercera parte mas pequeño que el elefante. El de Auvernia, (*mastodon arvernensis*) tenia todo lo mas la misma estatura de un tapir de América, y no era raro en las cercanias de Isoira. El mastodonte de Cuvier (*mastodon Cuvieri*), habitaba tambien en Francia y Suiza. En las márgenes actuales del Iraouaddy, en el imperio Birman, vivian los mastodontes elefantoides y de anchos dientes (*M. elephantoides et latidens*).



EL GRAN MASTODONTE.